

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



ESCRIBE CARMEN TERESA SOUTIÑO: La Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela ha sido para mí, como para tantos otros, un lugar, un *locus*, donde encontrarnos

con esa interioridad de la que habla la obra rilkeana. En sus espacios me fue dado ser estudiante, profesora, coordinadora académica y directora.



HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Ansiedad cultural. Fragmentos

Se ofrece en esta edición, la segunda parte del dossier en homenaje a la Escuela de Letras, coordinado por Carmen Teresa Soutiño y María Pilar Puig Mares. El fragmento que se ofrece a continuación, fue copiado del primer volumen de la obra reunida de Rafael López Pedraza (1920-2021), publicado por la Editorial Pre-Textos, España, 2021

RAFAEL LÓPEZ-PEDRAZA

Tenemos que saber, por sentirlo así, que lo que llamamos conciencia de fracaso es algo que solo concierne a nuestra individualidad. Al referirnos a conciencia de fracaso, nunca nos estaremos refiriendo a algo a lo que podemos acceder mediante esquemas fáciles; la conciencia de fracaso pertenece, y creo que esto lo estamos comprendiendo ahora, a esas áreas oscuras donde se mueve nuestra interioridad. Cuando nos referimos a conciencia de fracaso, nos estamos refiriendo a estados medios y lentos del alma: al *anima media natura*, ese estado del alma donde no hay triunfalismos, sencillamente porque hay un alma o psique que es consciente, que no concibe las aceleraciones necesarias para las concepciones del *puer*, ni el histrionismo histérico, ni el mimetismo psicopático.

Esta es un alma que no padece bajo los tormentos del triunfalismo, pero también es un alma a la que no quebranta el polo extremo: el fracaso hecho realidad. No se trata del fracaso que se nos presenta de vez en cuando y se empecina en la aburrida cantaleta histórica del “me siento fracasado”, con ese toque de histeria y repetición depresiva psicopática; ese fracaso proyectado hacia afuera; tampoco es un “me siento fracasado” que nos dice “me siento fracasado por no haber podido cumplir las metas del triunfalismo vigente”. Conciencia de fracaso es otra cosa, es algo más costoso y muy psíquico; es evasiva, viene y se va, y con esto nos indica sus características mercuriales; es una conciencia, como ya dijimos, media y oscura, cuyo sitio es el umbral y su luz crepuscular.

Desde esta posición nos avenimos con nuestras mortales limitaciones y, al avenirnos a ellas, encajamos en los límites más definidos de nuestro ser y en lo que en realidad somos, en eso que hace posible la imagen con sus posibilidades de un vivir culto.

Al avenirnos con la conciencia de fracaso, entramos inadvertidamente en el ámbito de la imagen, que es, como dice el poeta, el de la posibilidad. Una línea superior de Lezama Lima dice: “La hipótesis de la imagen es la posibilidad”. Y las posibilidades son de la imaginaria, de lo que hace posible el oficio del imaginero. Esta capacidad de imaginar es una actividad terrena y limitada, por estar dentro de los límites arquetipales consistentes que le pertenecen. Pero por limitada, como también lo establece Lezama, quiero decir superabundante.

Al hablar de la imagen comenzamos a hablar de superabundancia y más si aceptamos que una sola imagen es más que suficiente para llenar todo nuestro vivir. Cuando la imagen a la que pertenecemos comienza a hacerse en nosotros, ya hay movimiento psíquico enriquecido, pues no tiene nada que ver con el movimiento repetitivo psicopático-titánico. Sí, y esto hay que repetirlo: “La hipótesis de la imagen es la posibilidad”; la imagen que nos hace posibles, y en la posibilidad de la imagen estamos un tanto distantes, aunque nunca inmunes, del horror intolerable de los opuestos triunfo-fracaso.

En la psicología junguiana, el arte se entiende como un intento por compensar la conciencia colectiva, pues un arte que se interese por avenirse con la conciencia colectiva es algo que evidencia su superficialidad, y si lo aceptamos es sabiendo el nivel que ocupa.

Debemos saber también que es así como debe vivenciarse la psicoterapia, y aquí vemos una afinidad esencial entre poeta y psicoterapeuta; la psicoterapia entendida como artesanía y arte. Esto nos sirve también como medio de contraste para poder valorizar, en nuestro sentir, cuándo algo que nos llega del arte nos toca a fondo y, con ese toque, nos compensa del tedio, del aburrimiento, del horror de la conciencia colectiva que en el mundo actual se hace más apabullante, por lo que aquí hemos venido diciendo.

Pero el arte necesita independencia y privacidad; requiere una cierta conciencia que propicie el roce limítrofe con lo poético. El



RAFAEL LÓPEZ-PEDRAZA / ©VASCO SZINETAR

hacer del arte es algo que nos conmueve por su ahorro, por su economía. Un poeta lo que necesita es un lápiz y un papel. Un pintor necesita un poquito más, colores, pinceles, una tela. Y, tanto el poeta como el pintor, se pueden quedar a solas con esos instrumentos y oír y sentir lo que quiere expresarse a través de ellos. Y si señalo estas economías, estos ahorros, es porque siento y, desde mi sentir, conozco y valoro, que el mundo psíquico, la experiencia del alma, se nos regala con economías parecidas. Si somos capaces de valorizar psíquicamente las experiencias del alma, ya nos acercamos un tanto a eso que se llama crisis del alma. Entonces, nos acercamos y tratamos de vivir un tanto más ajustados a la rica gama de las depresiones y allí entramos a vivir y sentir y valorizar lo que es lo hondo, porque los movimientos lentos de la depresión son vía, y lo podemos decir hoy sin la más mínima duda, son vía regia, la única hacia cualquier cosa que llamemos creatividad. Creatividad en cuanto que crea el alma y se expresa en eso que llamamos arte, pues tiene que ver con el alma.

Habiendo llegado a este punto, podemos comenzar a leer el poema de Rafael Cadenas, cuyo título es “Fracaso”. Este poema apareció en mi vida dándole forma, bella forma poética, a pensamientos e ideas que habían estado conmigo, como dije al principio, por muchos años, y que yo vivenciaba como conciencia de fracaso. Ahora, gracias a eso que llamamos arte, pueden estar contenidos en un recipiente adecuado, ese que contiene vivencia interna expresada y dada con generosidad ejemplar.

*Cuanto he tomado por victoria es solo humo.
Fracaso, lenguaje del fondo, pista de otro espacio
más exigente, difícil de entreleer es tu letra.
Cuando ponías tu marca en mi frente, jamás pensé
en el mensaje que traías, más precioso que todos
los triunfos.
Tu llameante rostro me ha perseguido y yo no
supe que era para salvarme.
Por mi bien me has relegado a los rincones, me
negaste fáciles éxitos, me has quitado salidas.
Era a mí a quien querías defender no otorgándome
brillo.
De puro amor por mí has manejado el vacío que
tantas noches me ha hecho hablar afiebrado a
una ausente.
Por protegerme cediste el paso a otros, has hecho
que una mujer prefiera a alguien más resuelto,
me desplazaste de oficios suicidas.
Tú siempre has venido al quite.
Sí, tu cuerpo llagado, escupido, odioso, me ha
recibido en mí más pura forma para entregarme
a la nitidez del desierto.
Por locura te maldije, te he maltratado, blasfemé
contra ti.
Tú no existes.
Has sido inventado por la delirante soberbia.
¡Cuánto te debo!
Me levantaste a un nuevo rango limpiándome*

*con una esponja áspera, lanzándome a mi verdadero
campo de batalla, cediéndome las armas que el
triumfo abandona.*

*Me has conducido de la mano a la única agua
que me refleja.*

*Por ti yo no conozco la angustia de representar
un papel, mantenerme a la fuerza en un escalón,
trepar con esfuerzos propios, reñir por jerarquías,
inflarme hasta reventar.*

Me has hecho humilde, silencioso y rebelde.

*Yo no te canto por lo que eres, sino por lo que no
me has dejado ser. Por no darme otra vida. Por
haberme ceñido.*

Me has brindado solo desnudez.

*Cierto que me enseñaste con dureza ¡y tú mismo
traías el cauterio!, pero también me diste la
alegría de no temerte.*

Gracias por quitarme espesor a cambio de una letra gruesa.

Gracias a ti que me has privado de hinchazones.

Gracias por la riqueza a que me has obligado.

Gracias por construir con barro mi morada.

Gracias por apartarme.

Gracias.

El poema de Rafael Cadenas es el único escrito que yo he encontrado que se ajusta y concuerda con lo que en mí se ha ido elaborando por años y que he llamado conciencia de fracaso. El poema nos evidencia cómo un solo poema compensa toda la desmesura triunfalista que nos rodea. Desde sus comienzos, nos hace saber que fracaso es “lenguaje del fondo” y nos dice a las claras que su conciencia sale de ese ámbito tan profundo de nuestro propio ser, adonde lo condenó la represión histórica, donde hay otros espacios y otras luces de más difícil lectura y vivencia. Llamemos así a la depresión(...).

(...)

Perdone el lector que me haya atrevido a pasarle mis vivencias de algunas líneas del poema de Rafael Cadenas, pero en esto creo estar manifestando el regocijo que me produjo el encuentro con el poema “Fracaso”. Regocijo que se afirma, se vive, en estado de conciencia superior que nos viene de la profunda conciencia de fracaso, pues es difícil encontrar una línea que nos hable tan ajustadamente de la realidad que somos como cuando Cadenas dice: “Yo no te canto por lo que eres, sino por lo que no / me has dejado ser. Por no darme otra vida. Por / haberme ceñido”.

Esto es realidad de mismidad, ajuste de uno mismo, ceñido a los contornos que nos pertenecen. “Me has brindado solo desnudez”, realidad ceñida y verdad desnuda. Realidad y verdad indispensables para la alegría. Alegría que en Cadenas es apoteosis interior, alegría en ese mundo interior que hace posible la conciencia de fracaso, una conciencia mayor que contiene, paradójicamente, alegría y fracaso. ☉

En *Obra reunida*. Vol. I. *Hermes y sus hijos. Ansiedad Cultural. Dionisos en Exilio*. Pre-Textos. Valencia (España). 2021. pp. 306-311.

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Luz Marina Rivas

Escritoras, ensayistas, profesoras

Año a la Escuela de Letras, que ha producido tantas voces inspiradoras para el país. Quiero rendir homenaje aquí a tres grandes mujeres de la Escuela que han marcado mi vida profesional, sin dejar de mencionar que muchas más son profesoras queridas, colegas de gran trayectoria, amigas, varias de las cuales serán recordadas por otros testigos. Lo haré en el orden en que las conocí. En primer lugar, está Michaelle Ascencio, mi profesora de Literatura Oral. Antropóloga, lingüista, mujer de letras, cuyos estudios del Caribe plasmó en importantes libros de referencia sobre las huellas africanas en nuestra cultura. Hizo también un valiosísimo trabajo de traducción de *Los gobernantes del rocío*, de Jacques Roumain, y dejó tres novelas que revelan su talento de narradora. De ellas, *Amargo y dulzón* ha sido para mí la más conmovedora, por su tema del regreso a un Haití ficcional. Cuando camino por la vieja casa colonial del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, donde hizo su maestría en Lingüística y Literatura, y donde ahora trabajo, me gusta imaginarla rompiendo con su risa y su humor agudo, caribeño, la solemnidad andina de lo que era esta institución hace tantos años. Luego conocí a Rosario De León, mi profesora y mentora, quien nunca me dio una clase, pero fue quien me dio la oportunidad de trabajar en la Escuela de Idiomas Modernos, donde desarrollé mi carrera docente. Me enseñó a pensar la academia y la docencia. Ella fue una importante pionera, que formó parte de los fundadores de la Escuela de Idiomas Modernos y concibió muchos de sus fundamentos académicos. Fue allí una gran directora. Había estado también en el grupo que creó el Departamento de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar. En nuestra UCV, donde trabajó alrededor de cuarenta años, su ánimo incansable la llevó también a fundar la maestría en Literatura Francesa, que luego se transformó en la maestría en Literatura Comparada. Fue una



LUZ MARINA RIVAS / ©VASCO SZINETAR

magnífica coordinadora, que no paró ahí. Formó parte también del comité fundador del doctorado en Humanidades. Finalmente, mi colega y amiga del alma, Aura Marina Boadas, ha sido mi par, mi lectora, mi compañera de investigación. La conocí por su trabajo en la Biblioteca Nacional luego de haberla visto como ganadora del Premio Fernando Paz Castillo. Editora, ensayista, profesora, brillante en cargos de altísima responsabilidad, se caracteriza por su generosidad y sencillez para compartir todo lo que sabe y por su pasión desbordada por nuestra querida UCV. Hemos caminado juntas por cerca de treinta años muchos senderos de la vida académica. ☉

Laura Toloza

Del embeleso y otros episodios

Los griegos de la antigüedad, el primer libro que leí en la Escuela de Letras. No sospechaba entonces el valor de ese momento: asistir a las clases de León Algisi, quien, además de excelente profesor, fue un erudito de la literatura griega. Y así transcurrían los semestres, entre exámenes, libros..., y una maravillosa sucesión de profesores que cada día nos obsequiaban inolvidables experiencias. Luciana de Stefano, caminando junto al infante Don Juan Manuel y *El conde Lucanor*; Ida Gramcko y su *Cámara de cristal*; Hanni Ossott entre sus "Memorias" y sus "ausencias"; Elvira Match "soñando caminos de la tarde", junto al gran Antonio Machado; Nuria Torroja; Nelson Osorio; Irma Chumaceiro con sus clases de Idioma Español de América; Adriano González León alzando su voz durante un aniversario de Teresa de la Parra, para reclamar que la Escuela no había organizado un homenaje a tan importante escritora; María Fernanda Palacios, con aquellas aulas repletas de estudiantes impacientes por saber qué era ese mundo maravilloso que armonizaba la literatura y la vida, sin duda, su propia vida como ejemplo de dedicación y entrega a la literatura. Y ¡Rafael Cadenas! ¡Cielos! Un verdadero *dream team*.

Extraordinarios profesores, así como excelentes compañeros. Un sinfín de momentos y afectos que habrán de acompañarme durante todo mi tránsito vital.

Luego, estar del otro lado del aula (en el escritorio y no en el pupitre) fraguó en mí una visión integral de la Escuela de Letras que, de alguna manera, me conduce al camino del eterno retorno y trae a mi mente al uróboro, recordándome que la vida es un proceso de permanente renovación, una danza entre el ser y la eternidad.

De cualquier modo, me excuso por las omisiones que la brevedad requiere. ☉

Judit Gerendas

Memorias con Carlos. 37

Iba pasando por Tierra de Nadie, camino a la Facultad. Las bombas lacrimógenas y las balas sonaban desde la entrada que da a la Plaza de Las Tres Gracias. Seguramente un autobús había sido secuestrado por los encapuchados, porque una negra columna de humo daba cuenta de que algo había sido incendiado. Era un evento que tenía lugar todos los jueves. Entre los encapuchados, que lanzaban piedras, y la policía, habían logrado, de común acuerdo, aunque parecían estar enfrentados a muerte, iniciar el proceso de decadencia de la Universidad Central de Venezuela.

Me tapé la nariz con un pañuelo húmedo –que todos llevábamos con nosotros, en un forro de plástico dentro de la cartera o del maletín–, pues ya estaba sintiendo el efecto de los gases, aunque estaba lejos de donde se desarrollaba la batalla campal. No cedí a la tentación de devolverme y no dar la clase, no porque no la quisiera dar, sino porque me indignaba la naturalidad con la que estábamos tomando los hechos, cómo la cotidianidad académica y la vida estudiantil, con sus bromas y sus amores, transcurría como si no estuviera pasando nada, cuando lo que sucedía era lo más grave que podía pasar, la degradación del *alma mater* y de su Ciudad Universitaria.

Entre el humo y los gases, la luminosidad natural del ambiente se había perdido, y ello, unido a los fuertes olores introducía en nuestras vidas un oscuro proceso que parecía hacernos envejecer a todos los que pertenecíamos a ese mundo, seres humanos, obras de arte, vegetación y edificios que habían sido esplendrosos y que ahora parecían estar marchitando.

Hubiéramos debido prestar apoyo a nuestra universidad, no hacernos los desentendidos, como si eso no estuviera sucediendo y como si nosotros no estuviéramos en medio del asunto. Pero no, nosotros éramos buenos profesores, no faltábamos a clases, y los alumnos se consideraban responsables también, se sentaban disciplinadamente en sus pupitres y todo continuaba como si nada estuviera pasando.

El mundo quedaba un poco desdibujado, los vínculos establecidos en la escenificación de los encapuchados y la policía quedaban sobreimpresos, y nosotros permanecíamos como espectadores, lo que significaba una precariedad que era quizás lo más insoportable. Una relación que se fundamentaba en una violencia gratuita y perversa, cuyo objetivo aparentemente se consumía en sí mismo, aunque en verdad era mucho más que eso, era una acción que nos envolvía con el veneno de su presencia puntual todos los jueves –y solo ese día– a partir de las tres de la tarde, fríamente regulada y cronometrada, una violencia que no dejaba heridos ni muertos, en medio de la cual nos escurriamos por algún resquicio para poder seguir con las actividades del conocimiento. Era un ballet macabro, a cuyo compás también nosotros danzábamos, aunque solo en un papel secundario.

El último seminario que dicté, antes de jubilarme, se llamó "La problemática del hipotexto y el hipertexto". Pero en realidad de lo que se trataba era de una despedida que yo me estaba haciendo a mí misma. Todos los profesores de la Escuela sabían lo mucho que yo anhelaba irme y que contaba los días para ello, algo que se debía a la presencia cada vez más monstruosa de la burocracia, reuniones de esto y de lo otro, del Departamento, del Consejo de Escuela, de la Comisión tal y de la Comisión cual, aparte de las infinitas planillas que nos mandaban de todas partes, en las que teníamos que informar de las mismas cosas, pero con otras palabras o en otro orden. Yo ya simplemente no soportaba eso, no tenía paciencia para seguir aceptando que me empapelaran con papeles que después nadie iba a utilizar para nada, solo servían para satisfacer la necesidad de autoalimen-

tarse que por definición cumple toda burocracia.

Lo que no sabían los otros profesores era con cuánto dolor yo me iba. La Universidad Central –y en particular la Escuela de Letras– había sido mi casa por casi cuarenta años. En 1960 me inscribí como estudiante en Economía, en 1999 me estaba jubilando de la Escuela de Letras. Un largo lapso durante el cual fui estudiante, preparadora, llegué a profesora titular, hice un doctorado, fui jefa del Departamento de Teoría de la Literatura, directora de la Escuela y fundé, junto con la profesora Mária Russotto, la maestría en Estudios Literarios, de la cual fui coordinadora. A la Dirección había llegado con varios proyectos: crear una revista, hacer una biblioteca electrónica, iniciar cursos de literatura para los docentes de primaria y secundaria. Nadie colaboró conmigo, solo obstáculos me pusieron y todo eso fracasó. De un período de tres años cumplí solo dos. Cuando me di cuenta de que solo estaba ahí para cumplir trámites burocráticos, renuncié. Fui la única persona que dejó la Dirección antes de tiempo.

Pero a mí lo que realmente me gustaba y me motivaba era la enseñanza. Tenía una verdadera vocación docente, todavía la tengo. Siendo aún estudiante de primaria, de sexto grado, me encargaban del preescolar cuando la maestra no estaba. A mis dos hermanos varones más jóvenes, cuando niños, les enseñé a leer, y un año que mi padre no pudo pagar la escolarización les di todo el programa de primaria que les correspondía, así como al mayor de los varones también, todas las materias del primer de bachillerato. Al final del año escolar pudieron presentar legalmente los exámenes y aprobarlos exitosamente.

También a mis hijos les enseñé a leer yo, con un método novedoso –por lo menos para esa época–, que era el de la lectura global. Consistía en unos cartones grandes y rectangulares, en cada uno de los cuales estaba escrita, en letras de molde grandes y rojas, una palabra. No se enseñaban las letras, se mostraban, repetidas veces y alternadas, las palabras. Resultó muy efectivo.

Vuelvo al seminario de despedida. Hubo dos grupos de novelas que se analizaron. El segundo, el último, era el que daba la clave de despedida. Yo había escogido primero esas tres obras y después busqué el contexto teórico que los podía vincular y diseñé otro grupo de textos, que tuvieran cabida dentro de esos parámetros teóricos, para hacer la oferta más amplia.

En ese segundo grupo, que era el que cerraba el seminario, y cerraba también mi vida universitaria, se encontraban *El largo adiós*, de Raymond Chandler, *Triste, solitario y final*, de Osvaldo Soriano y *Qué solos se quedan los muertos*, de Mempo Giardinelli. Fue el adiós que le dije a mi carrera y el homenaje secreto que me hice a mí misma. Nadie se dio cuenta y a nadie se lo comenté nunca, esta es la primera vez que lo menciono.

La novela de Chandler y la de Giardinelli siguen siendo libros de mi cabecera. La de Soriano se me ha desvanecido un poco.

Ese es el único programa que he guardado, de veinticinco años de docencia en la UCV.

Los apuntes y los papeles de mi vida universitaria, todos los he botado. Ocupaban un volumen demasiado grande y ya no iba a usarlos.

Pasé una época de fuerte depresión. Nunca había tenido una, soy de naturaleza ansiosa más bien, y al principio no tuve ni idea a qué se debía. Pero después caí en cuenta: a la jubilación. Yo iba lanzada como un camión, a toda velocidad, en mi trabajo, y de golpe parar en seco, meter el freno, no era fácil de soportar.

Los recuerdos laten dentro de mí, aunque ya todo eso está muy lejos. Diez y siete años han pasado desde el momento en que me jubilé. Pero en cualquier instante surgen, desde adentro. Cuando preparo alguna conferencia sé que voy a dar una clase, no la voy a leer, y tengo la convicción de que de nuevo se va a establecer una comunicación prodigiosa, con gente desconocida.

Pero me miro en el espejo. Una persona lucha desde ahí contra sus ensoñaciones, entre ruinas que no se pueden ver, pero que están ahí, afrontando el inicio de la última cuenta regresiva. Requerida, aunque no re-querida, desde el espejo no surge señal ninguna.

Me saludo a mí misma y luego me sirvo un vaso de vino tinto y lo acompaño con queso de cabra. ☉

*Crónica inédita (2015) cedida por Iván Maiza Gerendas.



RAMPA DE LA ESCUELA DE LETRAS / ©BEATRIZ FERNANDA GONZÁLEZ

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Marco Jiménez

Literatura y Vida

Más allá de lo que el plan de estudios vigente de la Escuela de Letras define como la tarea del Departamento de Literatura y Vida (siempre recordado afectuosa y, al principio, enigmáticamente como el *Área 3*), lo que vendría a ser su objetivo: iniciar al estudiantado en la reflexión sobre la imaginación y el proceso creador en la obra de arte, lo que sabemos de ese campo o *modo particular* de estudio es lo que recordamos de la experiencia en aula. Así como en la lectura *responsable respondiente* (como decía George Steiner) de la literatura, el aprendizaje de la obra literaria debe atravesar lo que suscita su contacto más inmediato: el de la lectura en clase, viva y sensible; el comentario en grupo y el disertar del afecto que la palabra invocada es capaz de convocar en quienes escuchan los ecos y las variaciones tonales con atención.

Con ello el acento se pone en un espíritu y una actitud más que en un interés afirmativo por crear magisterios eruditos o, dicho simplemente, una aptitud académica. Desde que despuntaron los primeros cursos de la Escuela de Letras después de la renovación académica de 1969, Rafael Cadenas, con su curso “Literatura y Vida”, observaba la importancia de abordar la literatura desde el problema que suscita ese sujeto que llamamos “lector”, el que inaugura un nuevo espacio frente a la obra, distinto al de texto-autor o texto-realidad. En sus apuntes para esa materia, Cadenas escribió: “Nada de lo que hemos tratado en este curso es misterioso. Solo el olvido en que están los problemas que hemos tocado podría facilitar esa impresión. Insisto, para despejar posibles y habituales malentendidos, en que todo cuanto hemos visto es ajeno a ocultismos, escuelas místicas o corrientes metafísicas, así como tampoco tiene que ver con la beatería científicista. Ninguna de estas cosas ha resuelto el problema del hombre”. Tal ha sido la prerrogativa del Departamento: como ha dicho en conversaciones dentro y

fuera del aula uno de sus fundadores, el profesor Jaime López-Sanz, nuestra tarea es la de atender a los viejos saberes, a aquello que no son solo teoría, psicología, historia o antropología en tanto disciplinas intelectuales, así como tampoco se trata de un conglomerado de impresiones superficiales, sentimentales o abstractas. Se trata más bien del reconocimiento del trasfondo de la obra: de la Vida que la ha producido y de lo humano (no la condición humana, sino lo humano sin condición, agregaría María Fernanda Palacios) que la vive y la recrea por medio de la escritura y la lectura.

A lo que podemos llegar es que quizás lo que reverbera en el Departamento de Literatura y Vida, paralelamente con sus maneras de ver y pensar (aquello que constituye bibliografías, si se quiere) es atender a esos saberes convertidos en memoria; una memoria que es también memoria de la literariedad y del vivir de la Escuela de Letras, porque lo que allí se cultiva es esa cercanía no con la habilidad mnemotécnica de nuestra especie, sino esa estofa de la que está hecha el alma; la verdadera Musa que evocaban los poetas y que nos ha educado ya a varias generaciones en nuestro quehacer poético y político, en nuestras individuales y en eso que llamamos “lo colectivo”.

A propósito de esa memoria, entonces, pensamos en el Departamento a través de lo que nos dejan sus fundadores, sus profesores, los poetas y escritores que dictan y dictaron cursos bajo una misma inquietud, dicha con palabras tomadas del *Manifiesto de renovación de la Escuela de Letras* (mayo de 1969), aquel que daría paso al nacimiento del Área 3, firmado por estudiantes que vivieron el compromiso universitario porque se sabían habitantes de su país y de su universidad:

¡Escuela de Letras, enseña a la Universidad que en toda idea hay una lámina de fuego que la traspasa y toma cuerpo y es un hombre hablando! ☉

Oscar Sambrano Urdaneta

(Fragmento de *El epistolario de Andrés Bello*)

OSCAR SAMBRANO URDANETA / ©VASCO SZINETAR

Como testimonios de un universo íntimo, las cartas de Bello son materiales de primer orden para el estudio del carácter y de los sentimientos de un hombre comúnmente considerado a partir del análisis de su obra intelectual y desde la perspectiva externa de su larga actuación pública. Para la comprensión de la personalidad de Bello puede asegurarse que no existen textos suyos capaces de rivalizar con esta colección de cartas, excepción hecha de los escasos poemas de tonalidad romántica en los que don Andrés dejó entrever el mundo de su afectividad.

Por otra parte, como miembro del procerato civil que contribuyó a la autodeterminación de las naciones hispanoamericanas, Bello se cuenta entre quienes se consagraron a colaborar en los inicios de la vida republicana de los territorios americanos antes españoles, como puede observarse en sus actuaciones en Londres, primero como miembro de la misión diplomática enviada por la Junta de Caracas, luego en la Legación de Chile y por último en la de la Gran Colombia. Sus esfuerzos no concluyeron con el logro de la independencia política, pues su vocación de servicio encontró en una vida longeva como la suya la oportunidad de consagrarse al estudio y solución de muchos de los problemas capitales de ordenación y delimitación de los Estados con las recién nacidas repúblicas americanas.

(...)

Toda colección de cartas admite varias posibilidades de análisis, según el interés de quienes las consulten. En la glosa que en su lugar hacemos del epistolario de Bello, hemos procurado destacar la imagen del hombre privado, por ser menos conocida que la del hombre público. Estamos convencidos, además, de que la obra intelectual de este humanista y su imagen ética, legadas a la posteridad, adquieren otros matices y otros valores cuando se conocen las horas de felicidad y de tribulación que se traslucen en sus cartas. Por este camino, inevitablemente nos sentimos inclinados a dirigir nuestra atención hacia el Bello como hijo, como padre, como hermano, como amigo; no menos interesante se nos aparece el trabajador infatigable, agobiado por numerosas labores y responsabilidades; así como también el que intentó en vano regresar a su tierra de origen; y aun el que fue perdiendo el vigor y la salud hasta

llegar a la invalidez. En forma más o menos deliberada, tratamos tres o cuatro de los mayores temas relativos a la conducta de Bello. La sorpresiva partida de Venezuela en 1810, la razón de ser de su viaje a Chile en 1829, y los motivos por los cuales jamás retornó a su patria, son asuntos que han preocupado a muchos, y que aquí se aclaran con textos auténticos.

“Acuérdese usted que habla con la posteridad”, le escribía Bello a su inquieto y admirado amigo fray Servando Teresa de Mier, a propósito de una posible versión más completa de su historia de la revolución mexicana. Poco más adelante, le añadía: “Pero me temo que es predicar en el desierto, y que la sangre de usted es demasiado ardiente para seguir estos consejos”. La primera de estas frases surgía de quien tuvo pleno convencimiento de la responsabilidad asumida por los que actúan de cara a la historia. La segunda era un elogio, por contraste, de la palabra que madura en la reflexión sosegada. Ambos pensamientos, que presiden toda la obra de Bello, son constantes, asimismo de sus cartas. El lector buscaría inútilmente en ellas el ardor que parecía sobrarle al fogoso fraile mexicano. Encontrará, en cambio, un mundo de claridad y de sínderesis que traduce las huellas de un hombre que jamás dejó de ser bueno, sincero, reposado, respetuoso. De estas cartas surge, sin duda, la imagen de un ser de gran pureza, cuya bonhomía y vocación de servicio se dieron la mano con un corazón generoso y un tacto exquisito en las relaciones humanas, como creemos que está sintetizado en el siguiente párrafo de una carta suya para José Manuel Restrepo, párrafo que pudiera servir de epígrafe para todo el epistolario de Bello: “Me alegro de que el señor [José Rafael] Revenga haya creído conveniente que V. S. abra y se imponga de las cartas particulares que suelo escribirle, bien seguro de que V. S. mirará con indulgencia cualquier expresión de mis sentimientos que no sea enteramente conforme a lo que en mis circunstancias exigiría la prudencia. V. S. habrá sin duda tenido presente que estas cartas fueron destinadas a la amistad. Por lo demás, ellas contienen la expresión ingenua y sincera de mi modo de pensar” ☉

*Prólogo sobre *El epistolario de Andrés Bello*. En *Obras completas de Andrés Bello*. XXV. *Epistolario*. La Casa de Bello. Caracas. 1984. pp. XV-XVIII.

Mercedes Sedano

Instituto de Filología “Andrés Bello”

El Instituto de Filología “Andrés Bello” (IFAB), adscrito a la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela (FHE-UCV), fue fundado por Ángel Rosenblat en 1947 con el propósito de estudiar y describir el español de Venezuela, así como ofrecer apoyo docente a la FHE. Los dos objetivos se han mantenido hasta ahora. El IFAB colabora en las tareas docentes y de tutoría de tesis con las Escuelas de Letras y de Idiomas Modernos, y con los postgrados en Lingüística y Estudios del Discurso. Además, desde 1982, el Instituto ofrece los servicios de la biblioteca *Ángel Rosenblat*, única especializada en lingüística del país. Asimismo, desde 1983, y conjuntamente con la Escuela de Antropología-UCV, edita el *Boletín de Lingüística*, que ya ha completado los 50 volúmenes.

Durante sus años como director (1947-1977), Rosenblat inició un fichero léxico de testimonios orales y escritos que alcanza más de 200.000 fichas. Estas “papeletas” han servido de base para importantes obras, entre ellas, la conocida *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela* (Rosenblat, 1956) –que recoge la sección homónima del *Papel Literario* de *El Nacional* (1954-1956)–, el *Lenguaje coloquial venezolano* (Gómez, 1969), *Terminología de la vestimenta en Venezuela* (De Stefano, 1975) y los tres tomos del *Diccionario de venezolanismos* (coord. Tejera, 1983, I; y 1993, II y III). Adicionalmente, se aplicó un cuestionario de 4.452 entradas a doce informantes caraqueños cultos, cuyos resultados se ofrecen en el *Léxico del habla culta de Caracas* (Sedano y Pérez 1998).

Las líneas actuales de investigación del IFAB son sociolingüística, dialectología, análisis del discurso, del léxico, de la gramática, y de la historia del español de Venezuela. A lo largo de los años, se han recogido en CD-rom, transliterado y puesto a disposición del mundo científico diversos corpus orales, sumamente valiosos para el estudio del español caraqueño, cuyo análisis ha servido para la publicación de libros (Bentivoglio 1987, Sedano 1990, Shiro 2006, Guirado 2009) y artículos en revistas especializadas.

Esperemos que el IFAB siga siendo un faro académico para los investigadores nacionales e internacionales. ☉

María Eugenia Martínez Padrón

Tuve la suerte de ingresar a la Escuela de Letras en un nutrido semestre introductorio. Desde entonces, no he hecho más que aprender y desaprender de la vida. Me tocó, entre una varipinta especie, ser la joven a quien muchos veían como gallina que mira sal. Ahí encontré a mis más leales amigos: Teresita Romero, una ejecutiva de PDVSA que sorprendía por la elegancia y especialmente por sus impecables medias de nylon; José Romero León, profesor de inglés, entonces egresado del Pedagógico, que se encuentra en Hungría a donde fue a parar para salvar el pellejo de la cruenta situación; Edgar Páez, librero del pasillo, caroreño y *masista* –en quien alguna vez creí porque me acogió a pesar de mi corta edad y de quien aprendí mucho, pero que ahora comparte las idioteces del resentimiento chavista– y mi estimado amigo Domingo Ledezma, actualmente profesor de Brown University, un díscolo personaje de Magdalena, estado Aragua, quien tiene una fascinación por el mundo clásico y que me deleitaba cada tarde con poemas de Catulo.

Mi agrado por las áreas uno y dos se lo debo a mis irrepetibles maestros: Italo Tedesco, un pequeño, pero temido profesor de Teoría Literaria que nos desorbitaba los ojos porque no dejaba espacio en blanco en la pizarra y que me dejó boquiabierto cuando citó de memoria el capítulo 68 de *Rayuela*; Adriano González León, el Tío Pancho de la *Ifigenia* de Iván Feo, a quien disfruté, por igual, en la embriaguez y sobriedad de su sabiduría; Hugo Achugar, con su preparador estrella, Rafael Castillo Zapata, quien me hizo entender finalmente quién era el hablante básico. Asimismo, Juan Manuel Sosa, cuyas clases parecían ser dictadas por un comentarista deportivo, pero con la erudición de los mejores representantes del Círculo Lingüístico de Praga. Sería injusto, muy injusto, no mencionar al más irreverente pero más ilustrado profesor que tuve en suerte: Alejandro Oliveros, de quien no solo aprendí de literatura inglesa y norteamericana, sino de cocina, y, lo mejor: el significado de sibarita y el buen gusto.

La Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela es un escondrijo de mi memoria al que vuelvo con nostalgia y agradecimiento. ☉

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Rafael Cadenas

Ars poética



RAFAEL CADENAS / @VASCO SZINETAR

Que cada palabra lleve lo que dice.
Que sea como el temblor que la sostiene.
Que se mantenga como un latido.
No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir brillos a lo que es.
Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad.
Seamos reales.
Quiero exactitudes aterradoras.
Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.
Si no veo bien, dime tú, tú que me conoces, mi mentira, señálame la impostura, restriégame la estafa. Te lo agradeceré, en serio.
Enloquezco por corresponderme.
Sé mi ojo, espérame en la noche y divisame, escríptame, sacúdeme.

De *Intemperie*. Universidad de Los Andes. Mérida (Venezuela). 1977.

Rafael Cordero

Los cielos de Teulada (fragmento)

Aquel era el umbral de nuestra frenética llegada y de nuestra insospechada propensión a fundirnos con la matriz del paisaje.

No regresábamos de ninguna galaxia vergonzante y nuestros cuerpos llevaban sus vestidos acomodados.

Piero incubaba una gripe y llevaba un *pullover* verde espeso fuera de estación.

Sobre su pecho se destacaba un rústico medallón traído desde Grecia.

Tampoco se notaba nada de nuestra torpeza y ningún frotamiento sobre los ojos pretendía rescatarnos de transportes oníricos. Éramos el mismo grupo excursionista que perseguía la efervescencia marina como el mítico tesoro enterrado en el declive de todos los arcoíris.

Habíamos partido de Teulada y su inadvertida presencia discurriendo en nuestros túbulos sanguíneos nos impedía ejecutar ritos comparascos para concitar la presencia de las recónditas figuraciones del paisaje.

Aquellas que reposaban en su Olimpo más allá de San Isidoro. Allí donde el aire de Teulada era suprimido y Roma aparecía barrida de la memoria.

Presencias jamás vistas ni recibidas en las moradas de los habitantes eternos de la comarca.

Presencias vanamente convocadas a comparecer pues estaban trenzadas con las frágiles materias de nuestras ansias juveniles.

Con nuestra sesgada certidumbre de andar viviendo una circunstancia irrepetible por medio de nuestro impulso jadeante a desentrañar la esencia límite de aquella jornada que nos suspendía en vilo juntos.

Como jamás volveríamos a estarlo en los agostos de hierro del porvenir.

Giovannino recogía higos de la India para refrescarnos con su escondida resequeidad. Yo concentré mi atención sobre su enmarañada cabellera y me conmovió la estática quietud donde ni un solo rizo se movía.

Éxtasis total en aquel enjambre de dorados bucles determinado por el clima del verano.

Por el intangible viento esparcido como una inquietante paz sobre el paisaje engeguecedor.

Los hipocástanos, los laureles, la superficie de los arroyos, nuestros vestidos y el polvo del camino mantenían la misma semblanza estática de los rizos de Giovannino.

Y aquella quietud era la comprobación experimental acerca de un viento equinoccial del verano que sumergía en paz mortuoria las siluetas del paisaje y socavaba nuevas evidencias de cada figura real de ser humano, de cada sombra fantasmática, animal, árbol o peñasco.

Era un viento que esparcía la quietud arrasado por un serial de novedades alucinadas donde los árboles recios o las viejas ruinas nos parecían matrices sanguinolentas de las cuales habíamos emergido y nuestra precocidad amedrentada, nuestra entrevista y esencial soledad, nos insuflaba el ansia de regresarnos al seno de aquel muelle regocijo.

El viento intangible dispersaba la inmovilidad en torno a nosotros y nos predisponía a transportes de vesánicas figuraciones.

Yo disponía de la sonrisa de Silvio, de los rizos de Giovanni, de la autoridad fraternal de Piero para defenderme de aquellas presencias temerarias y someter el paisaje a configurar el marco mortal de nuestra excursión gozosa. Del resto de nuestra existencia vivida.

Iniciamos el recorrido de San Isidoro: la vieja y ruinosa basilica; la torre donde trepamos con el afán de alcanzar el campanario, chocar el badajo contra la campana ancestral y producir un ruido diferente al de las corrientes eólicas.

Manteníamos una estrecha vigilancia contra la ansiedad amenazadora en aquella emboscada del verano equinoccial. Giovanni llegó al punto culminante y sonó la campana. Mientras los dobles se esparcían por la campaña yo lo fijé en blanco y negro para las visiones venideras.

Partimos pedaleando enérgicamente hacia el mar. ☉

*De *Los cielos de Teulada*. Casa de la Cultura del Estado Nueva Esparta. 2004. pp. 77-79.

Mario Morenza

Mares de Narrativa, el arte de tallerear

I Cada vez que me encuentro ante una página en blanco de Word, me cuestiono si he olvidado escribir. Es el vértigo. Un abismo bidimensional. El cursor del *mouse* y una línea vertical, solitaria, late en ese vacío.

Muy lentamente, garabateo frases aquí y allá, desperdigo ideas. Tecleo *delete* con frecuencia. Con esfuerzo y las más de las veces desorientado, intento darle forma a una pulsión inicial, ya sea para escribir un relato, una crónica, un ensayo.

Es un proceso lleno de dudas. Escribir sobre un taller de escritura de cierta manera es precisar el inventario de un proceso de cómo se despejan estas dudas, o permanecen.

Con esta frase siempre inicio mi taller Mares de Narrativa en la Escuela de Letras UCV: “La lectura es la mejor herramienta para aprender a escribir cuentos. Por más trucos, mañas y esquemas, decálogos y consejos de *youtubers* o *post* en Instagram, no existen atajos ni fórmulas sobrenaturales. La escritura exige trabajo, demanda horas sentado a la mesa”.

En más de una ocasión, a quien se acerca y me dice que lo suyo es escribir, que eso de las lecturas no le va, siento la obligación de aclararle que se encuentra en el lugar equivocado, o transita justamente uno de los tantos posibles atajos, extraviado del camino natural. Y que, aún peor, se pierde de mucho.

Esto a menudo me pasaba con un taller que impartí entre 2015 y 2019 en otra institución. Nunca atendieron a mis sugerencias de cambiar el subtítulo: totalmente comercial pero engañoso: “cómo escribir historias que a todo el mundo le gusten” o algo así. ¡Se ofrecía alcanzar un nivel de luminosidad mesiánico en tan solo cinco sesiones!

También es pertinente que señale dos tipos de talleristas: el tallerista que genuinamente quiere dedicarse al oficio, ese que ama leer, y esta pasión le ha sembrado la inquietud por escribir; y aquel otro tallerista que se acerca por mera curiosidad o repentino entusiasmo, que habitualmente ha estudiado otra carrera y quizá ya está obstinado, se acaba de divorciar, que aprovecha una soltería o jubilación recién adquiridas y, de pronto, siente la necesidad de contar su vida. Entonces, como director de un taller, puedo guiar de la manera más grata posible a este segundo tipo de tallerista. Hasta que ese repentino entusiasmo, muchas veces también efímero, se le agote. O, con los años, por qué no, surja algo notable.

Naturalmente, prefiero al primer grupo: compartes lecturas, se intercambian ideas. Una frase *random* de mis talleres puede ser “Ah, por qué no aplicar la estructura de ese relato delirante de Ethan Coen combinada con la de otro de Palahniuk, y con cierto aire a la estética de Fonseca o Villoro”.

Ahora bien, ¿se puede enseñar a escribir en un taller? La respuesta es un *no* rotundo, monolítico. Siempre cito o parafraseo unas líneas del genial Monterroso: “la verdad es que nadie sabe cómo debe ser un cuento. El escritor que lo sabe es un mal cuentista”. Pero en mis talleres, eso sí, en cualquiera de sus variantes, y esto lo he comprobado en los diez años que llevo dictando Mares de Narrativa, será el punto de inicio de la carrera como contador de historias de aquel tallerista que asuma su rol fundamental como lector, porque es probable que muchos de los temas que asome en los ejercicios de escritura los desarrolle en obras venideras o que, a estas primeras versiones, más tarde, con la experiencia, le aplique un riguroso trabajo de depuración o quién sabe si se trate de un ejercicio narrativo, a lo Balza *style*.

Y algo más: precisamente tallereando te conviertes en mejor profe, lector y escritor. Uno es el primer aprendiz. Porque te cuestionas constantemente lo que has estado escribiendo o bosquejando.

II

Mi concepción sobre la importancia de los talleres ha variado con los años. Desde luego, hubo un tiempo en el que asistí a talleres, como inscrito, como oyente, y tomé notas de las ocurrencias de mis profes. Y sí, me marcaron aquellas sesiones en Letras entre 2002 y 2008. Siempre recuerdo con nitidez las clases de María Fernanda Palacios, Alberto Barrera Tyszka, Consuelo González, Luis Felipe Castillo, Ricardo Hernández Anzola, Jorge Romero. A menudo, desde el recuerdo, vuelvo a esos talleres inolvidables precisamente cuando estoy ante una página en blanco.

Con el tiempo, me tocó tallerear. Quizá un sueño trastocado de mi niñez en la que aspiraba a ser director técnico de baloncesto. En bachillerato me quedé pasmado en un metro setenta y siete. Esta estatura me daba pocas posibilidades para ser basquetbolista profesional, ni siquiera base armador, pese a mi infalible puntería. Entonces, ya en pregrado, descubrí que, además de escribir, podía recuperar algo de esa esencia infantil

cuando me graduara: ¡ser director técnico!, pero en este caso ayudaría a un equipo de jóvenes narradores a afinar sus tiros narrativos, sus dribbles metafóricos, la puntería verbal con el objetivo de emocionar al lector en el tabloncillo de los mundos posibles: ese abismo bidimensional.

III

Un objetivo, quizá el primero, en el arte de tallerear, es hacerte saber que somos animales narrativos. Y que, a partir de entonces, verás la realidad bajo ese orden y criterio. Inicio, desarrollo, clímax, desenlace. Ya no contemplarás una película ni escucharás un chisme de la misma manera. O una canción o un *podcast* sobre la Guerra Fría.

Igualmente, insisto siempre en una actividad: leer. Suelo últimamente asignar tareas de rastreo bibliográfico: si quieres escribir un relato sobre un biólogo marino, buscas relatos, películas, material teórico sobre el tema. Si el tallerista desea escribir un relato sobre un panadero *serial killer* o una actriz de teatro con telekinesis, le indico lo siguiente, recordando una mítica frase de Carlos Sandoval: “Todo tiene su bibliografía”. En estos tiempos tan audiovisuales, de *podcast* y *youtubers*, les aconsejo que no solo se limiten a indagar una bibliografía literaria; los motivo a que curioseen películas, series, documentales, incluso estudios sobre aquello que desean escribir. Si ya tienen algo recopilado espontáneamente, eso quiere decir que existe un interés legítimo, situaciones o personajes que, en conjunto, la realidad y la imaginación nos confieren. Ese tema que te obsesiona, te acompaña y te acompañará durante buena parte de tu vida. Desde el inicio, hasta el desarrollo, clímax, desenlace.

Entonces, ¿por qué no aventurarse y sorprenderse con eso de esperar a ver quiénes nos acompañan?

Y es ahí cuando te digo: “¡adelante!”, que seguro esa curiosidad la compartes con muchos. O con pocos o nadie, ¡qué importa si nadie! O tus lectores te esperan en el futuro. Escribir es buscar respuestas. “Narrar es errar”, alguna vez escuché decir en clases a Juan Pablo Gómez. Reconocer las preguntas que tenemos que hacerle a la vida. Si estas respuestas llegan a encontrarse quizá nuestro octanaje literario se agote, ¿para qué continuar en la búsqueda de lo que ya se tiene claro? Mientras tanto, persistimos... Iniciamos, desarrollamos, climatizamos, desenlazamos.

IV

Ineludiblemente pertenecemos a una tradición que se alinea en los pedregosos e infinitos caminos del realismo. Como toda mirada panorámica, se puede examinar desde varios ángulos: podemos precisar lo que se está publicando fuera del país, lo que me parece grandioso. Y de eso habla ya todo el mundo. Pero para no ponernos LASA mejor hablo en este espacio de las historias que se gestan. De autores, sí, que han empezado a escribir en mis talleres, algunos son mis tesisistas, y cuyos cuentos me desarmen: pues son una belleza, y que incluso han obtenido premios destacados en categorías juveniles y universitarias, tan valiosos para el porvenir de nuestras letras como lo fue en su momento el concurso de cuentos de *El Nacional*. Para no extenderme, aunque quisiera, mencionaré solo algunos de estos autores: Camila Cassani, María Daviana Galíndez, María Alejandra González, Andrea Leal, Anya Rivas, Oscar David Medina, Miguel Mota, Alesthea Vargas, Gabriela Vignati.

En líneas generales, la narrativa naciente se desapega, sin dejar de ser comprometida, del peso hegemónico del realismo. Probablemente se perciba en los próximos años un tránsito similar al ocurrido entre la narrativa de la “década violenta” y los años finiseculares: el tránsito entre la temática de predominio político hacia ficciones con asomos fantásticos, incluso oníricos, literarios, policíacos entre otros, de finales del siglo XX.

Estos escritores se inclinan por el relato fantástico, la ciencia ficción, el terror. Y conjugan herramientas y recursos narrativos con conocimientos teóricos que promueven su poética autónoma. Y este interés no riñe de ningún modo con el posible asomo de cierta realidad venezolana, solo que este referente no prevalece ante la construcción psicológica de los personajes ni la decisión de deslizar elementos fantásticos en sus ficciones.

En pocas palabras, se encauza ese fenómeno que Marcelo Cohen definió como “dejar hablar a una especie de rumor interno formado de magmas emotivos”. Este autor sostiene que si existe “una eficacia a la cual uno puede aspirar en la literatura estriba en la expansión de la conciencia”, primeramente, la de uno, y así acercarnos a la realidad que habitamos. Desde la primera sesión de Mares de Narrativa hasta esa primera versión final de un cuento aspiramos a darle forma a esa pulsión inicial en medio de una realidad cada vez más desorientada.

Iniciamos... ☉

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Ramón Escovar León

Mis años en la Escuela de Letras

Mis cinco años como estudiante en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela me permitieron resaltar la importancia de la literatura para sentir la vida desde una perspectiva diferente. A esto hay que agregar que la literatura es –a no dudar– un valioso apoyo para la hermenéutica y la redacción jurídica. Por eso, mi inscripción en la Escuela de Letras era cuestión de tiempo. En verdad, tenía varios años pensando inscribirme hasta que hice un curso de literatura rusa con María Fernanda Palacios, que me enganchó. Lo que vino después fue materializar mi inscripción en la Escuela y aprovechar esa invaluable oportunidad que la Universidad Central de Venezuela me brindaba.

Así comencé nuevamente mi vida de estudiante, con la obligación de cumplir un horario, investigar en bibliotecas, presentar exámenes y todas las actividades que rodean la vida estudiantil. La disciplina de lecturas me permitió aproximarme, desde una mirada académica, a autores clásicos como Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Montaigne, Ortega, Unamuno, Marx, Camus, Nietzsche, Faulkner, Kafka, Borges, Cortázar, García Márquez, Gallegos, Vargas Llosa, Pocaterra, Ramos Sucre, Díaz Rodríguez, Whitman, Valle-Inclán, Machado, Cadenas, González Rincones, Rojas Guardia, Saussure, Foucault, Rosenblat, entre otros.

La importancia de las materias del pénsun encuentra respaldo en el nivel académico de

los profesores, quienes confeccionaban sus programas con autonomía de cátedra. Por eso, los cursos semestrales tenían el perfil que les imprimía cada profesor, siempre respetando la sustancia de los contenidos programáticos. En esta faena, la publicación del Folleto representa un aporte relevante del profesorado para garantizar la coherencia y calidad de los cursos que se imparten semestralmente.

Y algo que no puede pasar inadvertido es que en la Escuela de Letras aprendí a ver los asuntos jurídicos –que es el centro de mi vida académica y profesional– desde una perspectiva más amplia. En efecto, la literatura constituye una valiosa herramienta en la interpretación de los asuntos jurídicos complejos. A esto hay que añadir que la literatura enseña a expresar con claridad lo pensado, tanto en el lenguaje oral como en el escrito. Y la manera de razonar los trabajos jurídicos puede desarrollarse por la vía de la ensayística, que es el género bisagra entre la literatura y el pensamiento, porque pone en tensión la reflexión propia con su expresión escrita.

Oliver Wendell Homes Jr., quien fuera un notable jurista y juez de los Estados Unidos, sostuvo que “la vida del derecho no es la lógica sino la experiencia”. Si la vida del derecho es la experiencia más que la lógica, y si reflexiono a partir de mi experiencia, como lo predicaba Miguel de Montaigne, el ensayo permite, entonces, razonar a partir de la experiencia, lo que constituye el objetivo de la reflexión ensayística.



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, C.1955 – GRAZIANO GASPARINI / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA

Por otra parte, en los textos literarios es posible encontrar problemas jurídicos que se resuelven literariamente. Por esta razón, en la enseñanza del derecho se pueden utilizar novelas, cuentos, crónicas y ensayos literarios para ampliar las perspectivas sobre los casos concretos. Así, por ejemplo, de *El mercader de Venecia* de Shakespeare, se pueden extraer elementos para estudiar el complejo tema de la interpretación de los contratos.

El proceso de Kafka permite estudiar los enredos que ocasionan las visiones formalistas y burocráticas del derecho. De *Doña Bárbara*, de

nuestro Rómulo Gallegos, se puede estudiar el asunto de los linderos, lo cual se conecta con temas como los juicios de deslinde y la acción reivindicatoria.

Lo anterior evidencia que las escuelas de Derecho deben incorporar los estudios de literatura en la formación jurídica, para potenciar la interpretación y la expresión jurídica. Porque la literatura es, como la define la Real Academia Española, el “arte de la expresión verbal”. Esta es una clara enseñanza de mis estudios en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. ●

Michaelle Ascencio

El esplendor de la diversidad (Sobre el pensamiento, la diferencia y los mitos). Fragmentos



MICHAELLE ASCENCIO / © LISBETH SALAS

En la vida diaria obviamos nuestras diferencias y nos tratamos como si todos fuéramos semejantes: es la estrategia, una especie de acuerdo tácito que empleamos para evitar conflictos y para reforzar los lazos que mantienen a la comunidad unida. Si nos remontamos a los comienzos de la humanidad veremos que, en principio, toda cultura suma, y la exogamia invita a casarnos con nuestros enemigos. Esta invitación a sumar y a convivir fue lo que permitió el crecimiento de la humanidad y la formación y consolidación de la cultura. Sumar siempre y no restar es el principio que rige la expansión del *Homo sapiens*.

Pero cuando las diferencias ya no pueden ser tratadas como semejantes, cuando el como si ya no nos funciona, es que hemos dejado de ver a nuestro prójimo como semejante, es que no nos vemos reflejados en él y lo percibimos como extraño. Desde tempranas épocas, la humanidad ha tenido dos actitudes ante el desconocido: la primera es, precisamente, la de la curiosidad frente a lo exótico. De esta curiosidad surge, como en el joven Lévi-Strauss, el deseo de conocer, deseo este que suma, que dilata nuestra visión del mundo, que amplía nuestros conocimientos sobre la realidad. Rechazar al extraño es la otra estrategia de la cultura para ignorar, anular o liquidar a ese prójimo que produce una perturbación, precisamente por ser diferente. Grave cosa ocurre cuando el extraño se aloja dentro de nosotros, cuando

nos convertimos en extraños para nosotros mismos. La literatura de todos los tiempos ha dado cuenta de esta inquietante extrañeza que nos sobrecoge cuando no reconocemos la humanidad en nuestros semejantes o peor aún, cuando no la reconocemos en nosotros mismos: dragones, dráculas, fantasmas, marcianos son, generalmente, personajes que simbolizan el otro desconocido en el que se proyectan todo tipo de amenazas, de malas intenciones y de poderes nefastos. La literatura oral está llena de estos personajes atemorizadores, pero también la literatura escrita, cuentos y novelas, desde Edgard Allan Poe hasta Franz Kafka con el personaje que al despertar se ve en el espejo convertido en una cucaracha. Es en estas situaciones, cuando desconocemos a nuestro prójimo, cuando dejamos de percibir al otro como semejante, que el espíritu humano, que nuestra facultad de pensar se pone a prueba: son oportunidades para demostrarnos que creemos en la unidad psíquica del género humano, que creemos realmente que *Homo sapiens*, la especie humana, está en todos los lugares donde se encuentre un ser humano. Fue Lewis Morgan, por cierto, para muchos el fundador de la antropología social, el que proclamó la unidad psíquica del género humano, cuando estudió las sociedades indígenas de Norteamérica y concluyó que los indios iroqueses o los apaches no son menos civilizados que los griegos y los romanos.

Colocarnos frente al objeto de investigación que vamos a estudiar como se colocó Lévi-Strauss frente a los bororo, con esa actitud de asombro y con ese espíritu de explorador y sabiendo, además, que iroqueses, romanos, esquimales y pigmeos, irlandeses y venezolanos son la misma *gens*, la misma gente: he ahí lo que hace saltar la chispa del pensamiento para que el objeto se muestre, y como los cofres encantados de los cuentos de hadas, se abra a la comprensión y muestre sus tesoros. La sorpresa ante el fenómeno dado era una recomendación de los estructuralistas a los que se iniciaban en la investigación. Me parece que podemos seguir recomendándola. Y así como el poeta épico se asombra ante la abigarrada variedad del mundo, ante el esplendor de la diversidad que se explaya ante sus ojos, e invocando a la musa comienza a cantar, así nosotros, llevados por el mismo asombro y la misma sorpresa, nos acercamos a nuestro objeto, impidiendo, con esta actitud, que los prejuicios, los lugares comunes y los clichés puedan ponerse en marcha y nublar la diversidad, opacando o tergiversando el conocimiento de la realidad. Los prejuicios, como bien lo sabemos, son estados de opinión, opiniones que constituyen la negación de toda reflexión, de toda indagación en cuanto petrifican al mundo, congelándolo en una visión ya dada, cosificada. La homogeneización, la igualación, la nivelación; en última instancia, la eliminación de las diferencias no puede sino conducir a la reducción y al empobrecimiento de nuestro conocimiento de la realidad. No nos confundamos además: la unidad psíquica del género humano significa que un iroqués, un romano, un goajiro y un inglés tienen las mismas capacidades para desarrollarse en todos los ámbitos de la cultura, cada uno en su estilo y a su manera. En otras palabras, *Homo sapiens* es el mismo en todas partes en su diversidad cultural, en la pluralidad de sus manifestaciones técnicas, artísticas, místicas, y en sus estilos de pensar, en sus maneras en la mesa y en sus formas de convivir. La diferencia es un concepto antropológico fundamental en la teoría de Lévi-Strauss. Diferenciar es la primera operación del espíritu humano para conocer el mundo y, por ende, es el primer principio clasificador de la realidad, al separar las plantas comestibles de las no comestibles, los animales domesticados de los animales salvajes, las tribus amigas de las enemigas. Lévi-Strauss, que ha estudiado en profundidad las clasificaciones de los pueblos llamados primitivos, afirma que el principio clasificador basado en el binarismo está en la propia naturaleza y tiene como primer modelo a nuestro propio cuerpo. Cielo y tierra, hombre/mujer, arriba/abajo, izquierda/derecha, día/ noche, alto/bajo, frío/calor, constituyen el patrimonio común de la humanidad, la realidad primera con la que cada grupo construye su cultura. A partir de este modo de ordenar al mundo se da también la oposición entre humano y animal, y de una forma más abstracta entre humano y no-humano, oposición de signo nefasto que puede, en nombre de un poder, destinar un grupo humano a la cate-

goría de no-humano y condenarlo a la esclavitud y al exterminio. No tengo que referirme a los genocidios de la historia para que se comprenda el lado siniestro de esta clasificación que desconoce al semejante.

Cada cultura posee una visión de lo que constituye lo humano, y la humanidad llega hasta la frontera lingüística, étnica o religiosa que esa cultura trace. A menudo, los pueblos se llaman a sí mismos los hombres, los verdaderos. Más allá de los griegos, todos los no-griegos eran clasificados como bárbaros, primera acepción de la palabra extranjero; los indígenas taínos de las Antillas se llamaban a sí mismos, los nobles: este es el significado de la palabra taíno. Un ejemplo actual sería decirles que un haitiano empleará la palabra negro para referirse a otro haitiano, y llamará blanco a todos los que no son haitianos, así sean negros. Los bantús de África son los hombres de la tribu, es decir, los humanos.

El hombre y la mujer bantú se hallan en un espacio intermedio, arriba están los antepasados que los protegen y les otorgan fertilidad, y debajo de la tierra están los ogros que viven en cavernas (como algunos animales que viven en cuevas) y son canibales. A propósito de lo que acabamos de decir, anotemos que, en general, el canibalismo ha servido históricamente para establecer un límite entre lo humano y lo no-humano. Esto explica que tanto los africanos como los europeos que cazaban a los esclavos tuvieran el mismo temor: los africanos creían que los blancos los cazaban para comérselos y los europeos cazaban a los africanos porque eran canibales, es decir, porque no eran humanos. Esta perversa facultad de relegar a un grupo humano a la categoría de lo no-humano, esta des-humanización de una humanidad es la raíz de la ideología del racismo: ir segregando a aquellos que consideramos diferentes, más específicamente, ir arrinconando, empujando a aquellos cuya diferencia nos parece insostenible hasta excluirlos, hasta echarlos de la humanidad. Hemos dicho que *Homo sapiens* es uno en su diversidad. Sin embargo, si uno o varios rasgos de esta diversidad (el color de la piel, la fe religiosa, determinadas costumbres) es tachado de peligroso, dañino o insostenible, se pone en marcha el mecanismo de la exclusión, mecanismo que puede tener consecuencias fatales... El racismo entonces revela una intolerancia extrema con las diferencias: el racista no tolera la presencia de lo que no es su imagen, y como Narciso quiere ver solo su imagen en el espejo de la humanidad. Los negros, los indios, los judíos, pero también las mujeres, los gordos, los flacos, pero también los de derecha, los de izquierda, los comunistas, los extranjeros... Cualquier rasgo o condición puede ser satanizado y a partir de esa satanización condenar a la exclusión y a la desaparición.

El trabajo del espíritu comienza allí donde ya no reconocemos lo humano en nuestros semejantes. ●

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Rafael Castillo Zapata

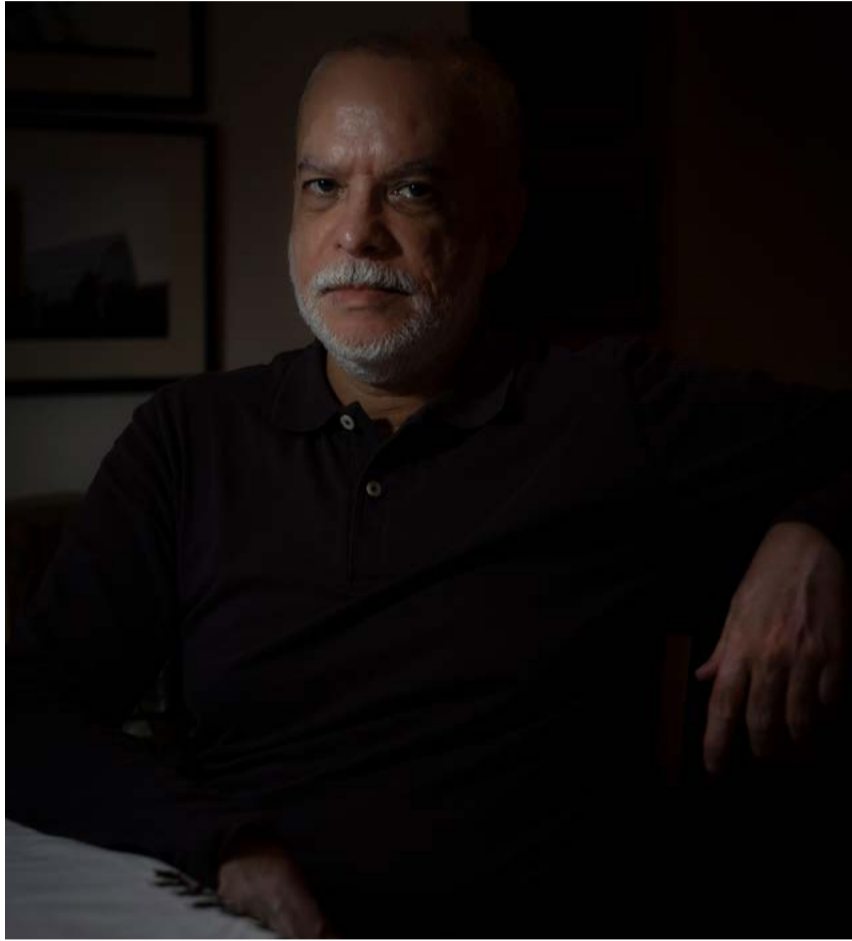
Una educación sentimental, mi vida en la Escuela de Letras

Atrapado en los tremedales de una carrera –Medicina– que no se avenía con mi carácter, escapé a la Escuela de Letras sin saber muy bien lo que hacía, espoleado por las recomendaciones de un compañero de estudios, Bartolomé Celli, quien me aseguraba, según lo entendí en aquel entonces, que la Escuela de Letras era una especie de monasterio donde iban a parar todos los amantes de los libros, como yo, pues él conocía de mi afición por la lectura y la escritura.

Quizás, Bartolomé nunca pronunció la palabra *monasterio*, pero yo me imaginé una comunidad de hermanos –de iguales– reunidos en torno a una misma fe, leyendo e intercambiando libros, pasando horas y horas en nutridas y acogedoras bibliotecas, compartiendo y comentando las impresiones de sus lecturas, sin otra exigencia que entregarse a su placer. Puedo asegurar –o al menos así lo recuerdo– que no pasó por mi mente la pregunta acerca de la finalidad de unos estudios semejantes: qué iba a hacer con ellos una vez que me graduara, cómo iba a vivir ocupándome de algo que solo me brindaba satisfacciones a mí mismo.

Impulsivamente, solicité el cambio de carrera sin consultarlo con mi familia. Mi padre, sereno como siempre, se sorprendió mucho cuando le comuniqué lo que era ya un hecho cumplido, me recomendó que revirtiera aquella decisión atolondrada, que siguiera estudiando Medicina sin abandonar por ello mi pasión por los libros, citándome, de paso, buenos ejemplos de famosos médicos que también fueron o eran escritores. Pero yo no cedí, aunque la reflexión de mi padre resultaba completamente razonable y, además, perfectamente practicable. Lo que acabó de colmar el vaso fue mi récord de calificaciones en las principales asignaturas de la carrera: era tan pobre, tan vergonzoso, que no había posibilidad de que yo remontara la cuesta de aquellas vertiginosas empresas llamadas Anatomía, Histología, Bioquímica, y qué sé yo qué más. Además, estaba mi pusilanimidad natural. Aunque no tuve problemas en disecar cadáveres en las dependencias de la Escuela José María Vargas, la visita a las dependencias del Hospital Clínico Universitario me deprimió de tal forma que comenzó a crearse en mí una suerte de pánico ante la evidencia de que no iba a ser capaz de enfrentarme a aquellas escenas lúgubres y tristes de gente sufriendo entre olores sobrecogedores y síntomas espeluznantes. La visión de un documental sobre los internados rurales terminó por convencerme de que mi idílica visión de la vida de un médico –tomada sin ningún tipo de malicia por mi parte de la lectura de “Un médico rural” de Kafka– era una fantasía irresponsable. Me vi paralizado ante decisiones trascendentales gracias a las cuales la vida de otros seres humanos dependería de mí, y no fui capaz de asumir semejante reto: gente que podría morir por culpa de mi impericia, por la falta de recursos, por un diagnóstico errado. No le expliqué todo esto a mi padre, pero él entendió, vagamente, mis razones, y a regañadientes, pero resignado, aceptó que cambiara una carrera de tanto prestigio –y que tantas esperanzas había creado en mi entusiasmada y orgullosa familia– por una carrera de la cual la mayoría de la gente nada sabía para qué servía. ¿Pero tú ya no te estudiaste las letras?, decían, malintencionados, algunos parientes y allegados socarrones y maledicentes.

El hecho es que un buen día de octubre de 1978, me vi yo, bisoño, subiendo la famosa cuesta del edificio de Humanidades que lleva, con su no menos famosa bifurcación, bien a la Escuela de Filosofía, bien a la de Letras. Aquella tarde iniciática fui directo a una aula –la 201, creo– en la que se impartía una materia que se llamaba, si mal



RAFAEL CASTILLO ZAPATA / @FEDERICO PRIETO

no recuerdo, Lingüística I. Fue entonces cuando comprendí en qué me había metido, no en un monasterio, sino en un laboratorio donde se analizaba el lenguaje y se pretendía estudiarlo científicamente, como si se tratara de un fenómeno clínico. El asombro y la estupefacción que me inundaron al principio se fueron disipando, no obstante, durante el desarrollo de aquella clase, que dictaba un pintoresco profesor, enfático y ocurrente, llamado Juan Manuel Sosa.

Terminé disfrutando mucho la lingüística y sus alrededores, así como el resto de las materias. Me enamoré de entrada de una tal Hanni Ossott, aborrecí desde el primer día a un tal J. R. Guillén Pérez, aburrí a un poeta meditando que hizo que me convirtiera en un curioso lector de Rilke, adoré al gran León Algisi, el venerable erudito que nos abrió las puertas del portentoso paisaje de Grecia. Conocí a Jorge Romero y a su novia Josefina, y de inmediato nos hicimos compinches. Luego se fueron agregando nuevos amigos, Alberto Márquez y Lola Lli, Federico Prieto y Marisela Rodríguez, Reynaldo Bello Guerrieri, Ricardo Bello, y tantos otros. Gracias a Alberto entré en contacto con su hermano Miguel y sus amigos, todos ellos poetas, miembros del taller que la escritora Antonia Palacios llevaba en Calicanto, su acogedora casa de Altamira. Así fue como la noche de un lunes asistí a una extraña reunión de iniciados donde la oficiante mayor, la autora de *Ana Isabel, una niña decente*, leyó en voz alta, para mi absoluto desconcierto, unos poemas que, incauto, decidí mostrar entonces, instigado por mis compañeros. Alguien más ha contado la historia de lo que se generó allí con la lectura de aquellos poemas donde, entre otras cosas, cantaba la doméstica alegría de mi madre por la compra de una flamante licuadora marca Oster. Poco después, los hermanos Márquez, junto con Yolanda Pantin, Igor Barreto y Armando Rojas Guardia y yo mismo creamos un grupo poético redactando, inspirados y patéticos, un anacrónico manifiesto vanguardista que nos dio, de pronto, mucha visibilidad en el campo cultural donde nos movíamos. Mis dos primeros poemarios surgieron de esa experiencia. Nada de eso habría ocurrido si yo no hubiera dado aquel salto mortal de Medicina a Letras.

Durante dos años alterné mis andanzas de bohemio posmoderno con mis estudios en la Escuela. Racional de corazón, siempre aposté por las ideas claras y distintas, por las cosas que podían probarse y comprobarse. Por eso me aclimaté a la atmósfera de

la llamada Área II, donde podía hacer congeniar a Aristóteles con Barthes, a Girard con Macherey, a Abrams con Blanchot. Más especulativo que categórico, visitaba con agrado las estaciones de veraneo donde reinaban la Ossott y la Palacios, rodeadas de una cohorte de iniciados que las seguían a todas partes como elegidos. Iba de visita y me divertía escuchando hablar de *Los Buddenbrook* o de Nietzsche, de Camus o de Joyce, de Cavafis o de Virginia Woolf, de Proust, de Flaubert, de Rilke, de Cervantes, de Vallejo, de Novalis, de Lawrence, de Miller, de Eliot. No me importaba mezclar a Jakobson con Guillermo Sucre, ni a Freud con Lezama Lima. Nunca entré a los famosos seminarios del oracular doctor López-Pedraza, el aula en la que disertaba era una especie de cueva donde se adoraba a Jung y se practicaban ritos a los que solo ciertos catecúmenos tenían acceso. Solía ver a la profesora Gramcko por el cristal de la puerta del aula donde impartía su clase, pertrechada siempre de un pintoresco cartón de leche de medio litro puesto sobre su escritorio. Disfruté mucho los cursos, eruditos y pedantes, de Francisco Rivera: él me introdujo en las *ondoyantes et diverses* aguas de Montaigne. Gocé los vertiginosos malabarrismos dialécticos de Adriano González León, El Memorioso, mezclando el *Popol Vuh* con Ginsberg o a Asturias con Breton.

En fin, parafraseando a Hemingway, hoy puedo decir con mucha alegría que la Escuela de Letras donde yo estudié era una auténtica fiesta, un manicomio apasionado, un pandemion plural donde todos los saberes podían mezclarse, aunque algunos sectarios trataran de impedirlo con dogmas y con poses. Pero yo fui siempre a mi aire, dejándome llevar por mis inclinaciones naturales y mis debilidades no menos naturales. En la Escuela de Letras me encontré y me acepté a mí mismo como soy, me aquilaté en mis gustos y en mis intereses, me enamoré, me despeché, descubrí que *ese bolero es mío*. Y, un buen día descubrí, de la mano de mi querido maestro Hugo Achugar, que me gustaba la idea de enseñar; gracias a él, como preparador del Departamento de Teoría y Crítica Literarias, subí un día a su cátedra y experimenté las delicias misteriosas –mitad espanto, mitad gozo– de hablarle a una multitud. Con él aprendí que la docencia es una de las ramas del teatro. Y desde entonces llevo adelante mi semestral tragicomedia sobre las tablas, por las que me muevo como un actor entusiasmado, pendiente de honrar honestamente mi papel. ☉

Rodrigo Marcano Arciniegas

Razón

Pronto se cumplirán veinte años desde que ocurrió esta breve anécdota. Cursaba mi primer semestre en la Escuela de Letras y veía Literatura y Vida con la profesora María Fernanda Palacios, por cuya solicitud escribí un primer trabajo sobre el viaje de Telémaco. En el primer párrafo escribí: “Desde que comienza el viaje, Telémaco está acompañado por Atenea, la diosa de la razón, y a través de ella va adquiriendo destrezas”.

Al respecto, la profesora escribió en mi trabajo un comentario que no se ha apartado de mi memoria a lo largo de los años. Incluso ahora, para escribir esta nota, rescato el trabajo de mi archivo y puedo ver el subrayado en marcador verde bajo “la diosa de la razón”. Seguidamente, al margen del texto, releo la exacta apostilla que ha retumbado por años en mi cabeza: “Si lees lo que dicen Otto o Kerényi de ella, incluso observándola tan solo en estos cantos de la *Odisea*, podrás ver que es mucho más que la

‘RAZÓN’. Ese tipo de simplificaciones conceptuales, para imágenes tan ricas como los dioses griegos, nos empobrecen y esquematizan la lectura y la historia misma de Telémaco y Odiseo”.

Esas palabras no solo determinaron en mí lo que, por hacer una lectura demasiado superficial, Atenea no es, sino que me ayudaron a entender por qué la primera tarea del estudiante de Letras es aprender a leer sin perder de vista la riqueza de las imágenes.

En otro contexto, tiempo después, el terapeuta junguiano y amigo, Freddy Javier Guevara, me expresaría en una imagen que hay cosas que, sostenidas solo de la razón, son como árboles con raíces que se extienden superficialmente sobre la tierra y que, sin importar su tamaño y magnificencia, fácilmente se desprenden con una tormenta. Al oírlo, ya entendía que la fuerza de Atenea no estaba, meramente, en la razón. ☉

Ricardo Ramírez Requena

Gracias a ella, nada me falta



RICARDO RAMÍREZ REQUENA / ARCHIVO

Llegar a la Escuela de Letras fue llegar a casa. Nunca había tenido mayores vínculos institucionales, a pesar de que mis padres trabajaron en espacios que dependían de ministerios (el de Defensa, el de Educación). Estudié en varios colegios; apenas terminé el bachillerato hice, como muchos otros en los años noventa, estudios de TSU (el mantra era que el mercado estaba ávido de trabajadores) y a los veinte años era cajero de Cantv. Era un lector fervoroso de historia, filosofía, geografía, narrativa. Un día descubrí los ensayos de Octavio Paz y nunca pude librarme de la lectura de ese género. A los 16 años comencé a leer poesía, intenté escribirla y me encontré con un misterio inexplicable (lo es para mí todavía hoy en día).

Me costó encontrar mi vocación. No tenía referencias de ese mundo y has-

ta hacía poco tiempo, no sabía que esa carrera existía. No daba con una respuesta central: de qué se trataba. No fui buen estudiante de castellano en bachillerato y eso ya me invitaba a declinar. Pero mi fervor por la literatura pudo más y al segundo intento, entré en la universidad. Cuando vi mi nombre en la lista (en ese tiempo entrábamos pocos, éramos 30 a lo sumo), escuché música de Mozart en mi cabeza.

No sería quien soy sin la Escuela de Letras, sin sus profesores, sus espacios. La Universidad Central de Venezuela era un espacio de libertad. Gracias a ella, me he sentido siempre un hombre libre, esa libertad que el misterio de las palabras puede darte.

Por ello, solo puedo darle gracias a quienes me enseñaron.

A mí, la Escuela de Letras me enseñó a vivir. Gracias a ella, siempre he sentido que nada me falta. ☉

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

¿De qué sirve la literatura si no es para devolvernos un pedazo olvidado o ignorado del mundo en que vivimos o de la historia en que estamos ensartados?

MFP. *Ifigenia: Mitología de la Doncella Criolla*

Yo era más joven y más tonto y más feliz cuando entré a la Escuela de Letras en los años 90. No hablaré de lo que significó la Escuela para mí, ni de las muchas cosas que en ella trastocaron mi vida desde la primera semana de clases, desde el primer semestre: razones todas por las cuales –y, claro, por las crueldades del azar– hoy sigo allí, aunque ahora me toca fingir que soy profesor, aunque yo hubiera preferido seguir siendo, para siempre, estudiante.

Este rápido recorrido por la memoria no puede detenerse en todo eso, debe arrancar, por fuerza, en el segundo semestre, y en lo que sucedió o empezó a suceder desde que me senté un martes en la 204, después de salir de una horrenda clase de Lingüística II y mientras escribía en el cuaderno, aún atormentado, el nombre de aquel otro curso que ese día, justo entonces, comenzaba. “Necesidades expresivas”, se llamaba. Y el programa particular de ese semestre tenía el enigmático nombre de “Oscuras claridades, lentos arrebatos, criollísimos sabores”. No había terminado de escribir ese título cuando entró en el aula una hermosa mujer, cuyo paso y belleza, cuyo modo de depositar los libros sobre el escritorio –nítido, el recuerdo–, cuya mirada escrutadora y comprensiva a la vez crearon instantáneamente una atmósfera y una luz particulares. Se hizo el silencio y esa voz serena, profundamente humana, majestuosa y sabia, severa a ratos –cuando cualquiera de nosotros afirmaba vehementemente alguna tontería–, pero siempre protectora y afectuosa, terminó de dibujar un tono, una cierta penumbra, los fundamentos de un largo hallazgo que apenas nacía. No podíamos prever que aquel curso, que contemplaba una breve selección de iluminadoras lecturas, muchas del todo desconocidas para nosotros, marcaría profundamente nuestras vidas. Creo que no hay en lengua humana palabras para dibujar la sensación primera, lo que aquella clase inicial nos regaló. Estas notas apenas intentan vislumbrar, con suma torpeza, lo que pasaría después.

Leeríamos, anunciaba aquella voz, aquel enorme y sabio corazón, como cada clase de allí en adelante nos lo comprobaría, poemas de Lezama Lima, Vallejo, Diego, Cadenas y Sucre. Leeríamos, sí, acaso por primera vez. *Leeríamos de verdad*. Dialogaríamos, por fin, con las obras. Y no solo leeríamos o dialogaríamos, en condicional, sino que inmediatamente comenzamos a leer y a dialogar, en presente que ya es pasado, pero que sigue siendo presente. Un sabroso abismo estaba abierto. Y semana a semana el abismo continuó agigantándose para regalarnos con una de las cosas más parecidas a la felicidad que yo jamás haya conocido.

La verdad, que a veces es profundamente ridícula, lo fue entonces. Porque la verdad es que yo me enamoré perdidamente de María Fernanda Palacios. Padecí ese amor ciego y sin futuro durante años, pero logré (o logró María Fernanda, sin tener la más mínima idea de la patética escena que se desarrollaba en mi corazón) que aquella fiebre violenta y absurda se transformara en otro tipo de amor: el del profundo respeto, la deslumbrada admiración, ese amor puro y sublime que se le tiene a un maestro.

He hablado con compañeros de generación, con amigos más viejos o más jóvenes, y me he dado cuenta de que no estaba solo en mi ridiculez. Cuando uno va a las clases de María Fernanda algo se trastorna en el alma. Y uno ve la vida desde otro lugar, antes inexplorado. En todas partes, en cualquier situación, uno se encuentra pensando en lo que María Fernanda dijo o mostró, o en lo que una obra, gracias al lugar desde el que pudimos mirarla –María Fernanda mediante–, nos dice y nos muestra ahora. Y en qué pensa-



ROBERTO MARTÍNEZ BACHRICH / ©VASCO SZINETAR

Roberto Martínez Bachrich

María Fernanda Palacios y “la clase como género literario”

ría María Fernanda de esto o de esto otro, o en cómo reaccionarían frente a aquella tristeza o este desencuentro –acaso con un golpe de tos y sangre, o con unos tragos de vodka y un poco de arenque– Katerina Ivanovna, la mujer de Marmeládov; o Fiódor Pávlovich Karamazov; que en paz descansen. Y en qué harían o qué dirían en tal o cual situación: cómo resolverían, por ejemplo, el señor Jones y Martín Ricardo, si Caracas fuera Samburán, la fuga masiva de presos de los últimos días. O cómo una imagen dada, en un poema, ahora puede velarnos y develarnos cosas, o modos de tantear tal velo, tal revelación en el día a día. Porque “paso es el paso del mulo en el abismo”, cada vez que lo pienso, y vivimos esquivando “los potros de bárbaros atilas” o “los heraldos negros que nos manda la Muerte” en nuestra monótona y amarga escena nacional.

Lo que quiero decir es que cuando uno está en clases con María Fernanda, esas clases no duran solo las tres horas semanales de la clase en sí: sus ecos se hinchan, se expanden, se quedan con uno como un sólido puente en cada gesto, en cada acto ejecutado, en cada idea o intuición o drama que nos ocurre a lo largo de la semana, entre una clase y otra. Y es obvio que también cuando se acaba el curso y mientras empieza el siguiente, se tarde lo que se tarde, María Fernanda –y la obra a la que nos ha acercado– siguen allí, siempre, con nosotros. Yo no he encontrado nunca alguien que tenga esa potencia, ese poder de lector sobre uno. Y eso, naturalmente, tiene algunas consecuencias magníficas, y otras más algo disparatadas. Porque aprender a leer es, finalmente, la vida. Y la vida, y aprender a leer, son –ya se sabe– un peligro.

Mientras estudiaba Letras, por ejemplo, un grupo de amigos y yo decidimos fundar una especie de célula terrorista por el bien de nuestra literatura. Una esquina de esa “histeria de las ideas” que tan bien dibuja María Fernanda al hablar de *Demonios* nos tocaba. Nos reuníamos y hablábamos largamente de nuestros proyectos. Pero solo hablábamos, éramos “puro melindre”. No había entre nosotros Stavroguines o Piotrs, menos mal. Como era de esperarse, nunca hicimos nada. En cualquier caso, recuer-

dos de esos proyectos, dos de los que más se redondearon, de los que ya estaban a punto de ser ejecutados. El primero era ponerle una bomba a la editorial Panapo: hacerla desaparecer de la faz de la tierra (creo que no necesito explicar las razones, que en este momento tampoco importan). El segundo: entrar por la noche a la casa de María Fernanda Palacios y tomar prestados todos sus manuscritos para publicárselos de inmediato, en ediciones buenas, bonitas y baratas. No comprendíamos, quienes acudíamos a su aula, *cómo esas clases no estaban escritas*. Sospechábamos que existían brillantes ensayos que, por la ceguera editorial generalizada en el país, no habían llegado a las imprentas. Pero se trataba, decíamos imbéciles y altaneros (como siempre que se llega a esas frases), de una cosa “por el bien de la patria”. El primer proyecto lo abandonamos para no ir a la cárcel (probablemente, también, porque ir a la cárcel significaba no ver más clases con María Fernanda). El segundo, por razones más nobles: para no asustar a la profe, que podía tener el sueño ligero. Y porque comprendimos que acaso su pudor y su celo a la hora de publicar esos trabajos tenían razones de peso, válidas para ella y, por tanto, para el mundo: un exceso de conciencia crítica, la búsqueda de la perfecta escritura, que se dilataba con los años y que ella, lo reconozca o no, ha alcanzado hace varias décadas. A pesar de eso, cada cierto tiempo, la idea de aquel viejo proyecto, a mí, al menos, vuelve a darme vueltas por la cabeza y el alma. Pero esto no es una amenaza, no se me vaya a preocupar, profesora, sino una muestra más, acaso sumamente torpe, de un profundo afecto y una feroz gratitud. Y acaso, también, un llamado. Porque seguimos queriendo leer esos textos, claro.

Y así marchaba el semestre: cada martes se hacía ese tránsito sin pausa de Lingüística II a Necesidades expresivas; de una chica rubia, simpática y buena gente, pero cuyas clases me daban cáncer, a la belleza infinita y la calidez y sabiduría del alma de María Fernanda Palacios, cuyas clases me curaban, rápidamente, de aquel cáncer; del verboide y la conjunción prepositiva nos mudábamos a la *Calzada de Jesús del Monte* y el tokonoma lezamiano; de la autopsia y el cuerpo

en descomposición de la lengua viajábamos *al cuerpo de la lengua y la lengua del cuerpo*, que volvían a cobrar vida y la irradiaban sin cesar por cada ángulo del aula. Yo era feliz, ya lo he dicho y, deliberadamente, lo repito. Todos lo éramos, me parece, allí. Y cada clase nos dibujaba, a nosotros, que vivíamos en estado de asombro perpetuo –como los primeros cronistas de Indias–, los enigmas de la belleza, los misterios del hecho poético, sus resonancias y espejos, sus “reticencias y resistencias”, su fuerza anímica, sus “vapores” y su “potens”. Y digo que dibujaba esos enigmas y misterios porque los hacía más nítidos –les daba carne, cuerpo, palabra–, sin intentar, gracias a Dios, despejarlos.

Pero “Necesidades expresivas” era un curso obligatorio. En el aula no cabía medio estudiante más: con frecuencia nos tocaba sentarnos en el piso. Éramos un gentío, todos aprendiendo, por vez primera, a leer. Porque eso lograba María Fernanda Palacios: que aprendiéramos a leer, y si aprendíamos era, justamente y gracias a ella, desaprendiendo los viejos vicios, tantos y tan arraigados, a veces, de esos que desvían al lector de la lectura, que lo llevan a pensar o encontrar cosas más acá o más allá del texto, pero alejándose –siempre– del texto. Y ella nos ayudaba a *quedarnos*. Se dice fácil, pero no lo es tanto. Creo que pocas cosas han sido tan fructíferas en la vida. O no recuerdo, al menos, lección más profunda que esa frente al hecho literario.

En aquel curso enorme, no obstante, había poco espacio para una relación más directa (¿cómo tenerla con cerca de 50 estudiantes en las cortísimas 16 semanas que duraba un semestre?). Pero la habría, poco después. Al curso obligatorio siguieron muchos electivos. Ya, obviamente, pasar un semestre sin ver clases con María Fernanda se convertía en una verdadera, dolorosa tortura. Y a veces había que calársela: el *pensum* obligaba. Pero uno hacía todo lo que estaba en sus manos para, al menos un semestre sí y otro no, estar allí, en sus clases. A “Necesidades expresivas” siguieron varios seminarios, estos sí libres, sobre Dostoyevski, Conrad, Ajmátova y Mandelstam, Pushkin, Tarkovsky o el arte en torno a la Guerra Civil Española. Allí los grupos se reducían,

y la relación era más directa, la clase más íntima. Y María Fernanda, al final de sus seminarios, le entregaba a cada estudiante una carta de su puño y letra: diagnóstico y pautas para un nuevo diálogo que, a partir de allí, comenzaba a tejerse en el tiempo. Durante años he tenido ese gesto por el de una entrega absoluta al oficio. No conozco (y ya no conoceré) a alguien que se dedique con tanta pasión a la docencia. Y esa carta, qué cosa admirable: un gesto tan simple, tan humano, pero tan importante –decisivo, es la palabra– para quien se está formando. Esas cartas, personalizadas, se detenían en los peligros y riesgos puntuales de lectura que cada estudiante debía buscar resolver o con los que, tal vez, debía aprender a vivir (como con una pareja necia o neurótica al extremo a la que, sin embargo, amamos): prejuicios por torear, fantasmas con los cuales negociar, sombras con las que había que empezar a lidiar. Parece mentira que alguien pueda, leyendo dos o tres trabajos, apenas, tener una visión tan honda, tan precisa y pertinente de los problemas de cada lector. María Fernanda la tenía y la tiene. Y eso con cada uno de sus estudiantes.

Yo con frecuencia vuelvo a aquella primera carta, después de un seminario sobre *Memorias del subsuelo* y *Crimen y castigo* que fue, seguramente, una de las más intensas e iluminadoras experiencias de clase y de lectura de mi vida. En esa carta, María Fernanda me señalaba verdades redondísimas sobre mi atragantada y atribulada manera de leer: las fallas y desvíos de mi acercamiento a la obra, los abismos incalculables de lo cómodo y lo fácil, los peligros de no atender la obra misma, de no *saber*, de no querer escuchar la obra y escucharme. Y aún hoy, casi 20 años después, esa carta me sigue diciendo cosas, advirtiéndome, iluminándome, y me hace bajar la cabeza, volver atrás, me obliga a releer atendiendo, en verdad, en *su verdad*, a la obra. A la obra y a la vida, claro está. Porque nunca se separaban, nunca debían alejarse mucho la una de la otra. Las clases de María Fernanda se empeñaban en dibujar esa cercanía necesaria: *esa vuelta que la literatura propone a un pedazo ignorado u olvidado de nuestro mundo o nuestra historia*, según reza el epígrafe –suyo– de estas notas. Y por solo esa lección, ya la vida entera no alcanzaría para agradecerle lo suficiente.

(Continúa en la página 8)

* Texto leído en la Plaza Altamira (abril, 2012) en el “Homenaje a María Fernanda Palacios” del IV Festival de la Lectura Chacao. Mesa compartida con Sandra Caula y Michaele Ascencio.

HOMENAJE >> MEMORIA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV

Francis Lugo

Las notas marginales

“Profesora ¿qué anotamos?” Fue la pregunta de una alumna de primer semestre.

Desde hace 5 años he tenido la oportunidad de darle la bienvenida a los alumnos de primer semestre dictando la asignatura de Literatura Latinoamericana I. Generalmente, los alumnos tienen entre 18 y 25 años, aunque en alguna ocasión aparece uno que ha encontrado la vocación a los 40, 50 o 60.

La primera clase comienza con la presentación y el comentario de la razón por la cual decidieron estudiar Letras. Los profesores sabemos que muchos están ahí porque quieren ir a otra carrera, otros desistirán y otros, tal vez 2 o 3, se dedicarán a la escritura, a la docencia o a la investigación. A sabiendas de esto, en cada primera clase les digo “aquí está sentado un escritor” y se miran inquietos celebrando mi premonición.

Cuando termino la lectura del programa y la explicación de los contenidos hay una instrucción, quizás metodológica, en la que insisto. Se trata de las notas marginales.

Si bien los contenidos de cada asignatura son importantes, insisto en que cada estudiante debe mantener a la mano un cuaderno de notas o una hoja para las notas marginales del curso. “Anote todos los términos y referencias en algún lado y vaya creando un banco individual de lo que quiere saber”, insisto.

Mis notas marginales como alumna se hicieron de libros, de referencias, de anécdotas, de historias de los profesores. Incluso anoté en una clase que mi profesor Carlos Ortiz había estudiado la maestría en Estudios Literarios y registré como tarea “Hacer la maestría que hizo el profe”, luego la hice.

De mis clases con la profesora Florence anotaba referencias, fechas, libros, artículos que luego usaría como docente, incluso anotaba la estructura que llevaban sus clases (lee un fragmento, hace un análisis, da ejemplos, pregunta). Me sentaba cerca del profesor Castillo Zapata para indagar cómo ordenaba la clase, miraba cuidadosamente a ver si alcanzaba a



MURAL DE VÍCTOR VARELA (C.1956) EN LA RAMPA DE LA ESCUELA DE LETRAS, UCV / GERMÁN MARTÍNEZ – WIKIMEDIA COMMONS

leer los *post it* que pegaba en las hojas para descubrir esas indicaciones secretas que le señalaban el curso de la clase. Me parecía que en ellos debía estar un código desconocido para el estudiante que representaba el saber del profe.

Sin darme cuenta un día entendí que mi archivo de notas marginales era en mí fuente de

estudio y, poco a poco, fueron definiendo mis gustos e intereses literarios. Hoy, como docente, entiendo el valor de las anotaciones al margen y siento responsabilidad por lo que digo en cada clase porque tal vez a algún estudiante silencioso, que parece distraído, le esté dictando una línea de su vida. ☺

María Fernanda Palacios y “la clase como género literario”

(Viene de la página 7)

Hemos venido aquí, hoy, a hablar de la obra de María Fernanda Palacios. Y si yo he querido tenerme en sus clases es porque, así lo creo, estas son parte fundamental de su obra. Ana Teresa Torres apuntaba alguna vez que las clases de María Fernanda son un género literario en sí mismas. Y que aunque nos quejemos de que María Fernanda no publica con la frecuencia que todos deseáramos, la verdad es que ella publica, dos veces por semana, al menos, y desde hace más de cuatro décadas, para quien pueda y quiera leerla, en el aula. Creo que Ana Teresa tiene toda la razón. Y si la obra escrita de María Fernanda contempla poesía y ensayo, pues a medio camino entre esos dos géneros estarían sus clases: *poesía pensante*, *ensayo poético*. Cada clase de María Fernanda es única, pues es –siempre– un iluminador ensayo poético, un poema reflexivo admirable que no leemos, pero oímos; que *leemos*, pues, con el oído y el alma.

¿Cómo alguien logra que una clase sea tan redonda, que esté tan minuciosamente estructurada, que tenga picos y valles, momentos de enorme intensidad y, en el entretanto, pausas necesarias: partitura dramática?, ¿cómo tiene esa escritura aérea de la clase todo un estilo –y “estilo”, señala la autora en su libro sobre *Ifigenia*, no es “sino una forma de conciencia”– que es profunda y sabrosamente literario?, ¿cómo tiene un ritmo –cada clase– pleno de *literariedad*, y cómo logra dibujar el “evento” –la obra– en el aire, en la imaginación y el cuerpo de cada lector, de cada oyente, con tanta precisión y resonancias?

Cortázar decía que todo buen cuento debe causar en el lector una *apertura*: dejar en él las semillas que luego irán creciendo hasta ser un árbol gigantesco. No conozco ejemplo más rotundo de esa *apertura* que las clases de María Fernanda, que también tienen, entonces, algo de cuento. Y aunque yo no sea capaz de certeza alguna, tal vez decir esto sea lo que más se acerque a la idea que uno tiene de certeza: yo he vigilado, en mi propia experiencia de lectura, el crecimiento de esos árboles, de ese bosque infinito. No sé, en fin, cómo frase tras frase sus clases, como sus ensayos, trabajan los textos –y el alma en ellos– desde lo que Montaigne proponía como esa otra razón tan llena de fuego y de sombra que es la *razón anímica*. No lo sé, y nunca lo sabré del todo. Pero este inventario de enigmas se sostiene firme, como un conjunto de “casi certezas” en mí y en cualquiera que haya entrado, alguna vez, a sus clases.

A sus clases, o a sus libros. Porque pasa exactamente lo mismo con sus ensayos, ahora sí, escritos. Su libro sobre *Ifigenia*, por ejemplo, que es, todo él, una lección magistral sobre el ejercicio y oficio de la lectura. O sus ensayos sobre Kafka y Proust, en *Sabor y saber de la lengua*: trabajo amoroso y atento de sus obras: trabajo que llama a una auténtica atención y amor por las obras. O su “interpretación teatral” o “re-presentación” de Bernarda Alba, de García Lorca: el mejor montaje que nadie haya jamás presenciado de ese drama: montaje, en este caso, verbal, escrito, en el que, no obstante, la autora ha buscado “darle cuerpo a las palabras, como un actor”. O su memoria de *El movimiento del grabado en Venezuela*: tan absolutamente esclarecedor en una materia tan escurridiza y difícil. O su hermosa biografía de *Teresa de la Parra*, que fue el modelo absoluto –lo conversaba con Gabriela Kizer alguna vez– que seguiríamos tantos otros en la tarea bio-

gráfica, después. Y, si alejamos la vista de los ensayos, pasa lo mismo con sus poemas. Siempre hay canto, cuento y reflexión. O canto reflexivo en el que *todo será cuento un día*. María Fernanda ha dicho, en alguna parte, que quienes saben de poesía reconocerán que sus poemas no son tales. Así he descubierto –nunca es tarde para dragar las propias, inmensas lagunas del saber– que yo no sé nada de poesía. Porque “Octubre”, “La casa sumergida” o “Y todo será cuento un día”, de su último libro, están entre los más bellos e intensos poemas que yo haya leído en años. Para no hablar de esa curiosísima búsqueda de una *lengua otra*, de esa experiencia verbal de transición que es, me parece, *Por alto, por bajo*.

Dedicarse, entonces, a hablar con la mínima seriedad necesaria sobre su obra escrita, nos tomaría, al menos, los 5 días continuos que le tomé a Bartolomé de Las Casas convencer, en 1550, a los sabios de Valladolid de que los indios sí eran cristianos, aunque ellos mismos no lo supieran. Pero acá estamos contra reloj. Por eso he querido, apenas, esbozar unas líneas sobre esa otra obra, su obra paralela: ese otro género literario que, como apuntaba Ana Teresa Torres, es la clase. La clase, sí, pero no cualquier clase, porque aunque muchos de nosotros hayamos tenido la suerte de tener tantos grandes profesores, solo ante las clases de María Fernanda podría decirse que se ha llegado al Siglo de Oro de la clase como género literario. Clases en las que, como anotaba la autora en una entrevista publicada en el número 13 de *Hojas de Calicanto*, lo que importa no es “interpretar, explicar o agotar” la obra, sino “iniciar un diálogo con ella”, “construir una *mirada* y no un juicio”. Esa mirada, no obstante, que sus clases construyen, no debe confundirse con *un mero ejercicio subjetivo*. De lo que se trata, señala María Fernanda

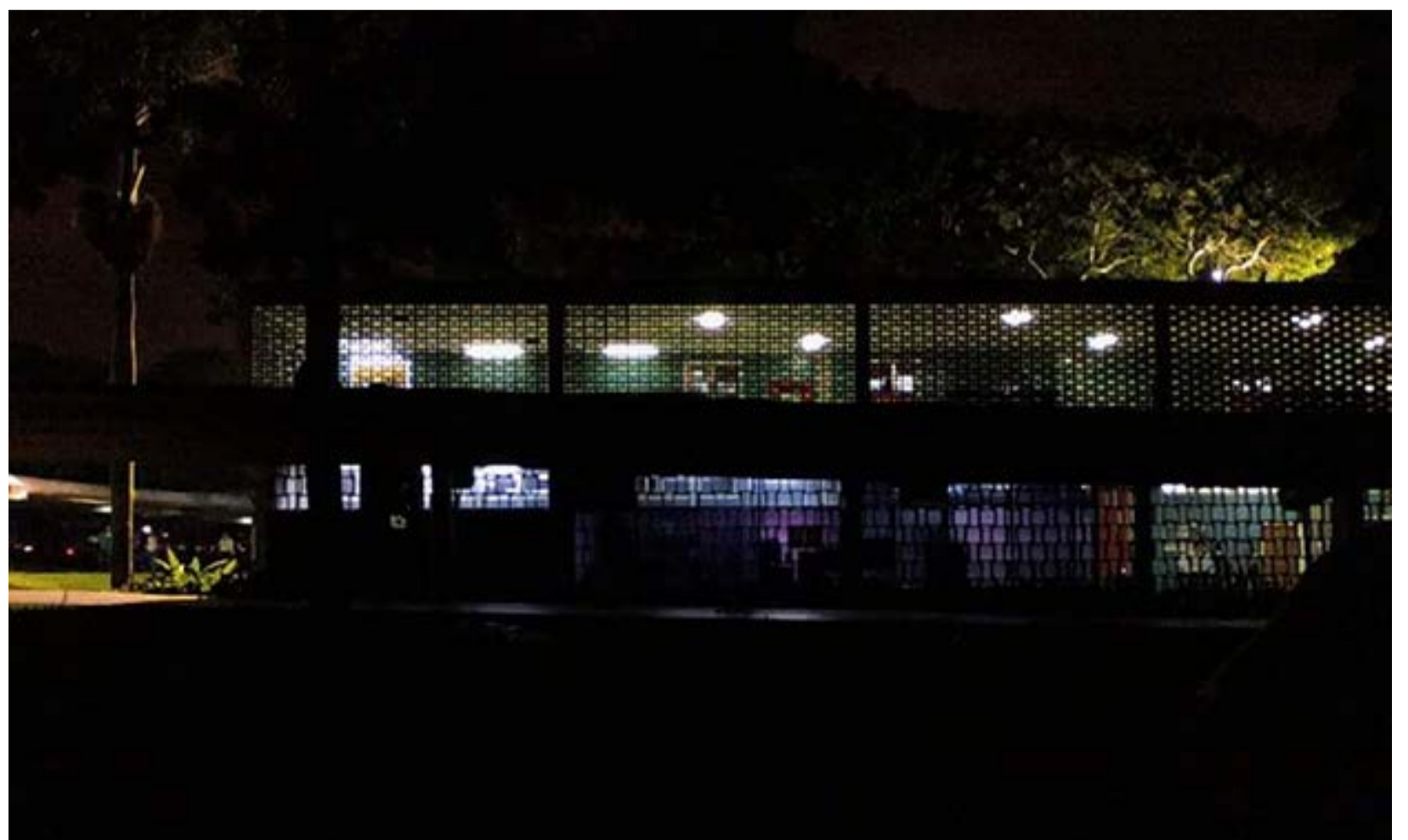
Palacios en la misma entrevista, es de “atreverse a ver qué es lo que ha suscitado la obra, reaccionar ante aquello que nos ha conmovido”. Es lo que ella llama, antes que ejercicio crítico, “intento de valoración” o “esfuerzo por ganar cierta objetividad; un intento por transformar una percepción inicial, subjetiva, desordenada, caprichosa o esquemática, en una mirada reflexiva”. La valoración es, entonces, un proceso, y nunca “el resultado de un ejercicio puramente metodológico”, pues de lo que se trata es de “exponerse” y “arriesgarse” para “ganar un poco de objetividad”, de valorar la obra “como si fuese un evento y no un ‘objeto de estudio’...”; se trata, en fin, como dirá en uno de sus ensayos sobre el ensayo en *Sabor y saber de la lengua*, de construir una “mirada reflexiva” que sirva como ejercicio “para disciplinar nuestra subjetividad”, para buscar, y allí el arte de sus clases, “una relación con las obras donde sea la literatura la que nos enseñe algo [...]. Porque no se trata de transmitir conocimientos, ni proporcionar destrezas, ni explicar técnicas, sino que lo importante es propiciar un movimiento [...] de reflexión, para que algo ‘prenda’ o algo muera”.

Son, ya se habrá visto, las palabras de un maestro. Porque eso ha sido María Fernanda Palacios durante casi medio siglo para todos los que pasamos por la Escuela de Letras: más que una gran profesora, un verdadero maestro. Sé que a ella le molesta la gratuidad con que hoy, muchas veces, se usa la palabra. No es este el caso. Refiriéndose a las clases de Antonio Edmundo Monsanto –al testimonio de Alejandro Otero sobre esas clases–, en su libro sobre el grabado, María Fernanda ha escrito: “Esa pasión por lo que enseñaba, esa actitud de ‘perpetuo descubrimiento’ y, sobre todo, ese nutrirse para ‘crecer por dentro’, dan la pauta de lo que en cualquier tiempo y lugar es un ‘maestro’: aquel que lleva un eterno discípulo dentro de sí”. Monsanto enseñaba a sus discípulos, continúa la autora, “cómo reconocer y valorar las propias intuiciones –ese instinto sin el cual es imposible hallar o descubrir nada... Y el hallazgo era entonces algo anterior a cualquier fabricación teórica”.

Pasión y perpetuo descubrimiento; nutrición aní-

mica y discípulo interior siempre despierto; tacto para ayudar a reconocer y valorar las intuiciones; sostenido hallazgo, fundacional, primigenio: esas, algunas de las valiosísimas cosas que uno puede encontrar –hoy como ayer– en las clases de María Fernanda. Y eso, en conjunto, el paquete de incalculables valores que nos ha dado a tantos la Escuela de Letras de la UCV, a través de la figura excepcional de María Fernanda Palacios. Hablo, y lo sostengo cada vez que puedo, de una impagable “deuda de amor”.

Ya para terminar quisiera referir, muy brevemente, una última anécdota. Alguna vez, a finales de los 90, se organizó un Encuentro de Estudiantes de Letras en los espacios de nuestra Facultad de Humanidades y los de la Escuela de Letras de la UCAB. Tal vez vino también gente de Mérida o Zulia, pero no estoy seguro. Hubo, toda esa semana, ponencias, discusiones, lecturas. Y cada noche, después de las jornadas de trabajo, todos íbamos a parar a las tascas de Sabana Grande o El Paraíso, dependiendo de dónde se hubiese desarrollado la agenda del día. En aquellas tascas, con exasperante monotonía, se establecía a gritos de alcohol y humo una absurda discusión: si era mejor estudiar Letras en la Central o en la Católica. Argumentos iban y venían, aumentando el volumen de los participantes, el trabajo del mesonero y el monto de la cuenta. Los ucabistas (varios de los cuales, con los años, se mudaron a la Central) alardeaban, mordisqueando chupetas de pollo, de lo ordenado de su *pensum*, de lo completo de su formación, del Latín y la Historia del Arte y la Filosofía obligatorias, que nosotros, los ucevistas, bárbaros e incultos, no teníamos. Con algo de bajeza, con algo de malicia, con saña infantil, se diría, yo solía escucharlos en silencio: un trago de cerveza y otro, una pitada al cigarrillo y otra, mientras la perorata picaba –vehemente– y se extendía. Apenas terminaba la opereta jesuítica yo comenzaba a crecer sobre mi silla y, serenamente, les decía: “Ustedes no tienen a María Fernanda Palacios”. Y de golpe, sin transición, todo el mundo se quedaba callado. Como también, así mismo, de repente, me callo ahora yo. ☺



ESCUELA DE LETRAS DE NOCHE, VISTA DESDE LA BIBLIOTECA DE INGENIERÍA, UCV / ©HERYENS JESÚS

HOMENAJE >> CRISTIAN ÁLVAREZ, ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

Caballero de la lengua, andante del espíritu

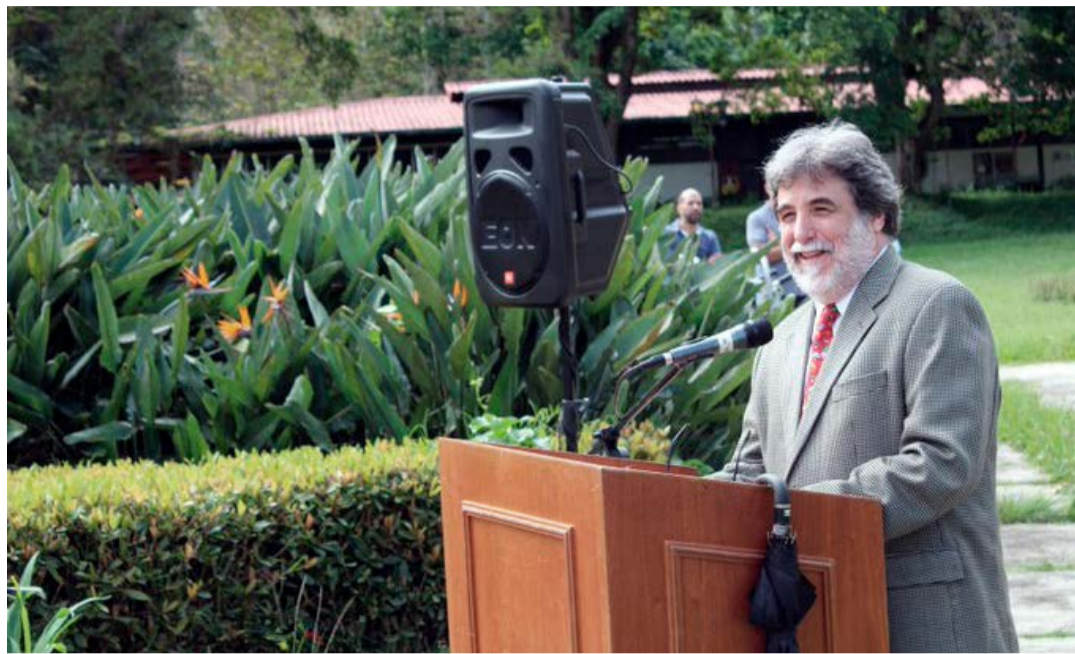
“Lo conocí cuando, a lomos de la novela caballerescas de procedencia artúrica, él ejercía el Decanato de Estudios Generales en la Universidad Simón Bolívar. A poco de encontrarnos predominaron en nuestras charlas los comentarios sobre el lagrimeo por litros en decenas de aventuras caballerescas. Ambos impartíamos, con diferentes enfoques, estudios generales sobre *El Quijote* a estudiantes de ingeniería, matemática pura, biología y computación –también hemos sido Quijotes frente al pizarrón–, a los que él añadía cursos sobre Mariano Picón Salas y libros de caballerías, sus dos pasiones literarias”

GERARDO VIVAS PINEDA

“Y subida alto en el gran cadalso, como vio el cuerpo de Tirante, el corazón se le quiso quebrantar, y la ira le forzó el ánimo a poder subir sobre la cama y con muchas lágrimas se echó sobre el cuerpo de Tirante... ¡Dejádme besar muchas veces por contentamiento de mi ánima! Besaba al frío cuerpo la afligida señora con tanta fuerza que se quebró las narices, de las cuales le salió mucha sangre, que los ojos y la cara tenía llena de ella, y todos los que le veían llorar lanzaban muchas lágrimas de dolor y compasión”. De no haber sido por Cristian Álvarez me habría perdido la lectura de ese beso violento, sangrante y lacrimoso, quizás el más apasionado de la literatura registrada al oeste de la Jerusalén pretendida por cruzados y caballeros. Lo conocí cuando, a lomos de la novela caballerescas de procedencia artúrica, él ejercía el Decanato de Estudios Generales en la Universidad Simón Bolívar. A poco de encontrarnos predominaron en nuestras charlas los comentarios sobre el lagrimeo por litros en decenas de aventuras caballerescas. Ambos impartíamos, con diferentes enfoques, estudios generales sobre *El Quijote* a estudiantes de ingeniería, matemática pura, biología y computación –también hemos sido Quijotes frente al pizarrón–, a los que él añadía cursos sobre Mariano Picón Salas y libros de caballerías, sus dos pasiones literarias. De allí en adelante conocí un hombre cuya integridad intelectual en el cultivo de las humanidades y el ejercicio del género ensayístico se combinaron con una modestia y un bajo perfil público que nos aturdirán por su sencillez silenciosa, mas no desapercibida en su entorno inmediato. Con toda justicia, al cabo de tres décadas largas entregadas al ejercicio literario y su correspondiente siembra docente, Cristian Álvarez ha subido al techo académico –Sillón “W” de la Academia Venezolana de la Lengua–, sin pretender aplausos ni fanfarrias, tan solo que su obra pase por el tamiz en la mirada del lector.

Nacer para el ensayo

Hay curiosas coincidencias en la vida y en la historia intelectual de Cristian Álvarez. Roberto Lovera De Sola publica *El ojo que lee* en 1992, donde incluye el capítulo “A propósito del ensayo venezolano”. Ahí no figura Cristian, a pesar de que escribirá penetrantes estudios cercanos a una filología muy personal. En conciso examen del panorama literario nacional Lovera De Sola clasifica la producción ensayística del país a partir de 1960, pero Cristian era un recién nacido en 1959; no había cómo insertarlo en el acucioso trabajo. Lovera atribuye al género cuatro o cinco variadas tendencias: el ensayo estético, el de ideas, el crítico-literario, el ensayo “a secas”, el investigativo, el de corte psiquiátrico vestido de buena literatura por médicos de profesión – “mucho de lo publicado por Abel Sánchez Peláez son ensayos propiamente dichos”–, en fin, efectúa un registro minucioso de



CRISTIAN ÁLVAREZ / UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

quienes se han atrevido a escribir sin cortapisas ni temores, bañando de libertad su pensamiento. Pero la ausencia temporal de Cristian Álvarez en el panorama literario desaparecería ese mismo año del Quinto Centenario americano, cuando pronuncia en el Connecticut College estadounidense la conferencia *Don Quijote como signo de la Historia de América*, luego publicada por la Universidad Simón Bolívar³, sesuda y sentida interpretación del “hombre de frontera” amarrado a la disputa perpetua entre el ser, el estar y el soñar, es decir, la esencia continental del criollo triple-mestizado en quien el plano espiritual enmarca el dilema existencial en permanente conflicto, a veces al extremo de la desgracia. “Esta tragedia –expresa Cristian–, la pugna y tensión entre estas dos visiones caracterizarán también los sucesos posteriores y aun nuestra historia contemporánea”. Dos años antes Álvarez había dado a luz *Ramos Sucre y la Edad Media: el caballero, el monje y el trovador*⁴, en cuya introducción declara su propia actitud frente al libro por leer: “Confieso que soy aficionado al estudio de la historia, pero prefiero aún más ese mundo mágico de leyendas, ese mundo mítico que revela que el alma y los deseos y obsesiones del hombre casi son los mismos a través de todas las épocas”. En ese instante Cristian inicia su andadura intelectual y pública, y conecta con el objetivo final formulado por otros intelectos del pensamiento venezolano y latinoamericano: radiografiar el espíritu, buscar las almas, o sea el humanismo desnudo y puro con proyección mística. Empezando por el mismo Mariano Picón Salas de sus desvelos productivos, cuya obra completa compila junto con Guillermo Sucre, Cristian reconoce la *españolidad* de ese merideño en permanente vocería a favor de la constatable “unidad espiritual del mundo español”⁵. Como emulando al Alonso Quijano aburrido pero inconforme, el signo quijotesco de América inaugura el aporte literario e historiográfico de Cristian Álvarez a la cultura finisecular, de la mano con aquellas otras mentes anteriores y múltiples en el sentir humanístico y venezolanista. Cristian permanecía generacionalmente fuera de la órbita ensayística del también académico Roberto Lovera De Sola, pero ahora, codo con codo en la Academia, quizás pruebe intercambios y redacciones de sueños quijotescos en ese género llamado ensayo que el neo-académico abona y cultiva esparciendo una sal metafísica en sus escritos.

El resto de la obra: un humanismo místico

En pleno viraje electoral de la Venezuela ansiosa e históricamente descuidada, Cristian Álvarez publica en 1999 *Salir a la realidad: un legado quijotesco*⁶. La primera parte, titulada con acierto “La herencia”, incluye el ya comentado signo quijotesco en la historia de América, sumando comentarios sobre Ramos Sucre y Picón Salas. De este último Cristian realiza una glosa final para coronar el subcapítulo “Escribir en la Tierra de Gracia”, donde el amor por la belleza del arte y la naturaleza contrarrestan “la desafortunada historia del siglo XX”. En el volumen también chisporrotean Jorge Guillén, Jorge Luis Borges, Guillermo Sucre, pero es el epígrafe “Libros sobre la infancia” acerca de “una plenitud que se tuvo” lo que más enamora a los ojos espectadores. Agradece el lector la oportunidad de regresar a la niñez lectora, donde lo único carente de plenitud eran la baja estatura y los pantalones cortos. Por otra parte, tratándose de totalidad humana trascendente, en *La “varia lección” de Mariano Picón Salas: la conciencia como primera libertad*, publicada poco después en México⁷, hay un sugerido encuentro de intelectuales convocados por Cristian alrededor de una mesa gigantesca, no necesariamente redonda como la del rey Arturo y sus heroicos caballeros, sino poliédrica y vibrante, adaptada a una diversidad de pálpitos en derredor de la cultura secular y el arado del espíritu con sus elementos constitutivos. Más de 130 autores citados o parafraseados a partir del desglose humanístico

marianista exigen lecturas consecutivas, no por una densidad conceptual impenetrable, sino por la fruición lectora de quien se atreva a degustar el plato del ensayo sin límites estéticos. Proliferan páginas cuyas cuatro quintas partes corresponden a notas al pie, especie de segundo volumen paralelo por si acaso alguna insatisfacción lectora exige más plato fuerte para consumir. En tono interpretativo mayor del ensayo sobre Picón Salas, la exploración de una espiritualidad históricamente protagonizada por algunos santos, entre muchos otros seres puros, resulta estorbada por endemoniados, –Robespierres, Lenins, Mussolinis, Hitlers o Stalins– empeñados en imponer inmóviles ideologías tornadas en exclusivas doctrinas genocidas, propugnadas por una insepulta galería demoníaca al comienzo del tercer milenio. Ante la amenaza totalitaria, don Mariano propone “que el sentido ecuaníme de una conciencia en ejercicio apunte hacia la necesaria traducción de los valores de justicia y equidad en la realidad, pero, eso sí, sin que ello pueda menoscabar un ápice la libertad responsable del hombre”. Es la base ideológica sobre la cual se abre el camino hacia la meta espiritual, una constante en los textos de Álvarez y sus autores preferidos.

Cuatro ensayos componen el volumen *Diálogo y comprensión: textos para la Universidad*⁸, publicado en medio de las tensiones políticas del siglo recién abierto a la nación y a la Universidad Simón Bolívar, mientras Cristian continúa llevando en ristre sus lanzas quijotescas a caballo de la convulsa realidad venezolana. Antes de asumir la dirección de la editorial universitaria *Equinoccio*, pone todo su esfuerzo en crear la carrera de Estudios y Artes Liberales en *La Simón*, justo cuando Hugh Thomas, el célebre hispanista británico y miembro de la Cámara de los Lores, dice en una ponencia sobre las letras caballerescas: “Yo mismo he pasado gran parte de mi vida pretendiendo ser un caballero español”⁹. A Cristian no le hace falta proclamarlo públicamente: la caballería andante es su fervor intelectual, mientras lucha durante veinte largos años contra la resistencia de las autoridades a levantar la carrera humanística, síntoma de un país en visible disolución institucional. Apunta a la reconciliación deseada pero insegura, al diálogo entrecortado pero libre –Mariano Picón Salas y Josef Pieper presentes una vez más–, el respeto al disentir, el reconocimiento al otro donde esté y como esté, la mancha pegajosa del resentimiento, el estridente mal olor del populismo destructor de la convivencia, la discusión ética y el envanecimiento de los “yos”. La misma Sartenejas barutense recibe de Cristian su *¿Repensar (en) la Universidad Simón Bolívar?*¹⁰, donde resume, no más comenzar, el medular humanismo, pues “resulta esencial para la persistencia de la institución y su objetivo fundamental, así como para la nación a la que sirve”. Ese persistir institucional, tan sólido durante décadas en la Sartenejas que durante los años 60 desarmó una plaza de toros bravos para desarrollar un campus universitario de 90 hectáreas, nos suena a hojarasca cuando una vez al año concurrimos a declarar la fe de vida para airear nuestra exangüe jubilación, encontrándonos la devastación provocada por el abandono oficial en lugar de los jardines e instalaciones antaño tan admirados. No obstante el desamparo repartido por el campus, el espíritu usebista continúa planeando sobre techos de tejas, volando sobre árboles insepultos que se niegan a entregar sus almas verdes.

Revelación y coincidencia

En esta ocasión incumplí con el propósito de no hablar, mientras redacto, al autor bajo mi reseña, pero me excuso porque la amistad propone complicidades inevitables. Convencido del carácter místico de su humanismo, pregunté a Cristian si sabía de alguien que hubiese utilizado anteriormente tal concepto. En segundos me envió “El humanismo místico de María Zambrano”, por Bartolomé Lara Fernández¹¹. Una epifanía inesperada

me golpeó la cara con un puñetazo inmaterial, pleno de profundidades luminosas. Lara Fernández desglosa tal humanismo en la Zambrano, su permanente toque a lo insondable cercano, la idea conocida por la historia como *espíritu*, tan despreciada por el materialismo. Yo, sin saber de usos previos y sin decirselo, había endilgado a Cristian Álvarez una categoría muy propia de su obra, de su vida intelectual, de su ejercicio universitario y de su práctica cristiana. María Zambrano –Premio Cervantes 1988, mujer henchida de barroco existencial–, herida por la guerra civil y expulsada de su tierra española, construyó una obra filosófica y poética donde almas multicolores insisten en expresar su perpetuidad ante las descreencias de los hombres. No necesité más convencimiento. Irrumpía así el humanismo místico para aplicarle al Cristian académico. Recordé el arrebató de la novela ejemplar cervantina *La fuerza de la sangre* donde Rodolfo, al pegar su boca a los labios de la desfallcida Leocadia, “estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya”¹². Es el alma a la que Cristian apunta el dedo para ensayar su opinión sobre un intelectual experto en analizar espíritus nacionales, el Mariano Picón Salas empecinado en “buscar las rutas de la conciencia”. Gracias a Cristian me quité la tentación de aplicar un *cursi* como nota a esos episodios donde los llantos pastoriles remedan fuentes desbordadas. En la novela de caballerías el sueño medieval refundido en deseo renacentista rehúye la razón, pues todavía espera los escarceos experimentales para instituirse en pensamiento de avanzada. Hambres, pestes y guerras persueden al campesino, al villano, al *fijodalgo*, al noble y al rey en busca de lo maravilloso, restauración a partir de las calamidades repartidas por doquier en feudos y señoríos. Se erige una ficción suprema de papel y recorre los pasos de armas en la España reconquistada por el caballero, actor pretendiente de lo sublime. Encarna la irrupción del *sueño compensatorio* que, en palabras de Viña Liste, exhorta al soñador a ser otro ser; a buscar una otredad más alta y grandiosa en una itinerancia inacabable¹³, empresa solo posible entre almas mirando hacia arriba. Personifica, a mi entender, el humanismo místico donde Cristian Álvarez tañe la vihuela principal, como caballero andante que, además de arrebatar yelmos dorados, canta el romance *Suelen las fuerzas de amor / sacar de quicio a las almas...*, cual Quijote contento por enseñar el otro lado de la respiración a los duques, dueñas, doncellas y felinos maliciosos que le arañan el rostro, pero no hieren su alma mientras sueña (II, 46). Quizás no sea entonces una forzada casualidad que al nacer Cristian en 1959 la canción *Dream Lover* de Bobby Darin hubiese vendido millones de copias en todo el mundo, como anunciando la universalidad del hombre a caballo sobre su ideal espiritual rebosante de corazonadas y ensoñaciones. Con frecuencia lo llaman *Quijote*, aunque sus andanzas permanezcan desleídas. ☉

- 1 *Libros de caballerías españolas: El Caballero Cifar, Amadís de Gaula, Tirante el Blanco*, estudio preliminar, selección y notas por Felicidad Buendía, Aguilar Ediciones, Madrid, 1954, pp. 1.712-1.713.
- 2 Roberto Lovera De Sola, *El ojo que lee*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1992, pp. 265-280.
- 3 Cristian Álvarez, “Don Quijote como signo de la Historia de América”, *Estudios: Revista de Investigaciones Literarias*, año 3, N° 6, Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1995, pp. 117-137.
- 4 Cristian Álvarez, *Ramos Sucre y la Edad Media: el caballero, el monje y el trovador*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1ª edición 1990, 2ª edición 1992.
- 5 Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia y otros estudios*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990, introducción de Guillermo Sucre, notas y variantes de Cristian Álvarez, pp. 90 y 95-96.
- 6 *Salir a la realidad: un legado quijotesco*, Monte Ávila Editores Latinoamericana – Equinoccio, Caracas, 1999.
- 7 *La “varia lección” de Mariano Picón Salas*, Abediciones UCAB, Caracas, 2021, 1ª edición Universidad Autónoma de México, 2003.
- 8 *Diálogo y comprensión: textos para la universidad*, Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, Sartenejas, 2006.
- 9 Hugh Thomas, “La Casa de la Contratación: novelas caballerescas – acciones caballerescas”, Antonio Acosta Rodríguez, Adolfo González Rodríguez y Enriqueta Vila Vilar (coords.), *La Casa de la Contratación y la navegación entre España e Indias*, Universidad de Sevilla – C.S.I.C. – Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 2003, pág. 1.603.
- 10 *¿Repensar (en) la Universidad Simón Bolívar?*, Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, Sartenejas, 2015.
- 11 Bartolomé Lara Fernández, “El humanismo místico de María Zambrano”, *Proyección LXIX*, (2022), 247-264.
- 12 Miguel de Cervantes, “La fuerza de la sangre”, *Obras Completas*, Editorial Castalia, edición de Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, 1999, pág. 600.
- 13 José María Viña Liste (ed.), *Textos medievales de caballerías*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1993, pp. 17 y 51-52.